



CaSteR, 6 (2021)

Cartago en el contexto helenístico: procesos y consideraciones

Christian SAN JOSÉ
Universidad de Alcalá de Henares
mail: sanjo_1997@hotmail.com

I. Introducción.

La muerte de Alejandro III de Macedonia abrió un periodo de indefinición (323-281 a. C.) que mostró las consecuencias del descabezamiento del imperialismo de Alejandro, asimismo, se asistió a la expansión masiva de la influencia cultural helena¹. En este contexto, las líneas entre lo estrictamente griego y lo helenizado se difuminaron, el empleo de las definiciones variaba según criterios geográficos, contextuales o personales adquiriendo según qué matices dependiendo del autor que redactase, de este modo, nos encontramos con que lo “heleno” puede referirse a lo étnicamente griego y también a un nativo asiático que hablaba griego y seguía los patrones culturales helenos². En otras palabras, y aunque esta cuestión será tratada en el cuarto apartado del presente trabajo, lo “helenizado” hace referencia a un incremento de la influencia griega sobre aspectos determinados de culturas foráneas, por ejemplo; implicaciones lingüísticas, reproducción de cánones constructivos, tecnológicos o artísticos, matización o transformación de tradiciones religioso-culturales indígenas en base a modelos griegos etc.

Asimismo, el complejo marco histórico propuesto, tradicionalmente fechado desde la muerte de Alejandro en el 323 a. C. hasta la batalla de *Actium* en el 31 a. C., reviste una serie de características esenciales cuyas bases se encuentran más íntimamente vinculadas a factores historiográfico-academicistas que a la propia realidad histórica. Es decir, la concepción tradicional del mundo helenístico, contundente nominalmente pero no siempre operante, hace referencia a una región geográfica, los territorios bajo el mando de Alejandro en el 323 a. C., y a un espacio temporal, del s. IV a. C. al s. I a. C. La propia amplitud geográfica y temporal consiente remarcar las dificultades para definir generalizaciones sobre los procesos cultura-

¹ Braund (2005), 21.

² Hall (2002), 224-225; Cohen (2015), 274.

les desarrollados en estas regiones durante los s. IV-I a. C., no obstante, lejos de negar su existencia, únicamente ponen de manifiesto las evidentes ramificaciones producidas en cada región, plantamientos que serán vistos a lo largo del trabajo. Finalmente, nos gustaría precisar que, para evitar confusiones en la identificación correcta del término helenístico a lo largo del documento, se especifica: etapa-periodo helenístico = ámbito cronológico / mundo-orbe helenístico = ámbito cultural.

El desarrollo académico predominante, como veremos a continuación, ha propiciado la exclusión sistemática de ciertas zonas y ciudades del mediterráneo durante el periodo helenístico, especialmente visible en lo referente a Cartago. Por tanto, en el presente trabajo pretendemos abordar la cuestión esencial de; ¿perteneció Cartago al mundo helenístico? De igual modo, la dinámica general de los estudios actuales, la articulación misma del trabajo y la propia configuración del periodo helenístico desprenden la formulación de una segunda cuestión, ¿experimentó Cartago algún tipo de helenización?

Los motivos esenciales que han originado estos cuestionamientos tienen su raíz en la bibliografía actual y su empeño de “limitar” el mundo helenístico a la esfera oriental mediterránea. En las próximas líneas se desarrollará una idea del orbe helenístico no sólo como un comportamiento temporal y geográfico sino como una entidad cultural ramificada en praxis diversas y concretas, tangibles, que permitan obtener a la realidad histórica una mejor delimitación. Asimismo, la cuestión secundaria y derivada de la primera, parte de una falsa creencia donde se tiende a asimilar lo helenizado con una perdida absoluta de autonomía cultural, especialmente en la zona norteafricana, como si la influencia griega implicara su aceptación directa y plena, subordinando las praxis autóctonas a esa influencia externa. En último lugar, nos gustaría precisar que el presente trabajo no pretende ser un estudio definitorio de erudición sino más bien una aproximación científica a un tema aún por explorar, una suerte de avanzadilla bibliográfica hacia lo, a día de hoy, desconocido.

La compleja tarea de abordar una definición sobre el mundo helenístico fue acometida primeramente por Droysen, empleando el término “helenístico” no sólo como un término lingüístico sino como una etapa de la civilización mediterránea³, y si bien es cierto que algunos de sus presupuestos resultaron desatinados (cuestiones como la fusión promovida por Alejandro y generadora del orbe helenístico⁴) también lo es que supo apreciar brillantemente que el mundo helenístico fue tanto una etapa cultural como un fenómeno político. Estos presupuestos propiciaron y propician el desarrollo de una ingente bibliografía, algunos ejemplos: el trabajo de Rostovtzeff, *The social and economic history of the Hellenistic World* de 1941; la obra de Chamoux, *La civilization Hellénistique* de 1981; el estudio de Green, *Alexander to Actium: The historical evolution of the Hellenistic World*; el volumen editado por Walbank, *The Cambridge Ancient History* volume VII de 1984, la propuesta de Clarke en 1999, *between geography and history. Hellenistic constructions of the Roman World*; el volumen *A companion to the Hellenistic World* editado por Erskine en 2005; la publicación *A history of the Hellenistic World 323-30 BC* de Errington en 2008; el trabajo colectivo *Creating a Hellenistic World* de 2010 editado por Erskine y Llewellyn Jones o el reciente resumen de Thonemann, *The Hellenistic Age, a very short introduction* de 2018. En su conjunto, el abanico bibliográfico general plasma una serie de imágenes esenciales que permanecen prácticamente inalterables. Entre dichas imágenes encontramos que la cultura helenística (cultura, tradición, comportamientos, topónimos, ritos etc.) debe limitarse al Mediterráneo Oriental, aún con sus evidentes ramifi-

³ Droysen (1877-1878).

⁴ Momigliano (1970), 139-153; Lane Fox (2010), 1-4.

ficaciones geográficas, posicionando en el norte de África, la Cirenaica, una barrera invisible y artificial cuyo influjo únicamente se extiende a la Roma Republicana en cuanto a legado helenístico se refiere (apreciable en el funcionamiento mismo de la ciudad⁵; en la *Imitatio Alexandri* de algunos emperadores⁶; o en la propia construcción de la identidad romana a través de la historiografía⁷). Es decir, tropezamos con que el panorama abierto por Droysen en el s. XIX permanece intacto en la historiografía actual, configurando el Mar Mediterráneo en la etapa helenística como una entidad geográfica e histórica compartimentada, otorgando una sensación de desconexión en su conjunto, rastreable en la propia historiografía helenística (esa idea griega sobre el Oeste Mediterráneo como un espacio bárbaro, salvaje, lejano y fabuloso, marcador de los confines de la *oikoumene* y únicamente civilizado por Heráclés⁸) y cuyas similitudes con Droysen difícilmente pueden ser obviadas⁹.

No obstante, nos gustaría precisar que los parámetros que rigen el presente estudio deben enmarcarse en una tónica de interacción mediterránea recíproca y flexible, lejos de los clásicos términos de aculturación coloniales, cuyo precedente más tardío es Braudel¹⁰:

“To claim that the considerable obstacles between the two halves of the Mediterranean effectively separated them from each other would be to profess a form of geographical determinism, extreme”.

Braudel, continuador de la crítica al Historicismo y al Positivismo iniciado por Febvre y Bloch, concibió el Mediterráneo como un ente único y conectado siendo consecuente con su idea de Historia Total, aunque no sin matices. Esta incipiente línea interpretativa, opuesta a la generalidad de los estudios, fue continuada en algunos trabajos como la obra editada por Bilde, *Centre and periphery in the Hellenistic World* de 1993; también en el volumen *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean* de 2016 editado por Prag y Crawley Quinn o el reciente artículo de Bonnet, «Phoenician identities in hellenistic times: strategies and negotiations» de 2018. De igual modo, la segunda cuestión planteada en el presente trabajo se encuentra más íntimamente relacionada con las propuestas de Curti; Dench y Patterson, «the archaeology of central and southern roman Italy: recent trends and approaches» de 1996; Pallas 70, *L'hellénisation en Méditerranée Occidentale au temps des Guerres Puniques (260-180 av. J. V.)* de 2006; Osanna y Torelli, *Sicilia ellenistica, consuetudo itálica. Alle origini dell'architettura ellenistica d'Occidente* de 2006 y también observables en los capítulos tres y cuatro de la obra *Rome's cultural revolution* de Wallace-Hadrill en 2008.

Siendo consecuentes con los planteamientos abiertos en estos trabajos, para responder a la cuestión de si Cartago perteneció o no al orbe helenístico es esencial ajustar el estudio a “cómo funcionó”, más allá de a una mera definición que resultaría poco explicativa para con la realidad histórica. Por tanto, para la consecución de dicho objetivo, el trabajo se encuentra dividido en: un análisis del comercio, estratificado a su vez en Evespírides y Sicilia, un estudio económico, urbanístico-arquitectónico, numismático y religioso, finalizando con una breve reflexión sobre la helenización de Cartago y unas concretas conclusiones. Los cinco primeros apartados mencionados componen el grueso del trabajo, estructurado en “Cartago como ciudad helenística”, recibiendo un tratamiento idéntico: primeramente, se realiza un

⁵ Paterson (2005), 270-278.

⁶ Spencer (2002).

⁷ Clarke (1999); Gilley (2018), 304-324.

⁸ Jourdain-Annequin (1989), 31-48; López Castro (1997), 55-68; Gómez Espelosín (2005), 113-139; Millar (2006), 91-105; Erskine (2016), 14-34

⁹ Lane Fox (2010), 1-29.

¹⁰ Braudel (1972), 134.

breve repaso bibliográfico, en segundo lugar, se atiende a las todas las fuentes primarias disponibles (arqueológicas o escritas) y, finalmente, se realiza una aportación personal mediante la reflexión conjunta de las dos primeras. El penúltimo apartado del trabajo es abordado de una manera diferente debido a dos motivos: en primer lugar, los resultados entregados en los apartados anteriores invitan a realizar dicha reflexión y, en segundo lugar, para desmontar la falsedad que actualmente reviste tanto a la helenización como a su influencia en la zona norteáfricana. En último lugar, en base a las dos cuestiones científicas planteadas, a las ideas desprendidas de los trabajos aquí referidos y a la necesidad de comprender qué era Cartago en la etapa helenística, consideramos necesario realizar un apartado inicial que permita definir lo púnico y lo cartaginés antes de la llegada de la etapa helenística.

II. La definición de la cultura púnica y de la civilización cartaginesa.

El legado histórico de toda la civilización cartaginesa tuvo como eje central de su experiencia y espejo distorsionador de su historia las denominadas Guerras Púnicas, desencadenante último de la eliminación de todos los registros cartaginenses¹¹, independientemente de su naturaleza, propiciando que la transmisión histórica cartaginesa fuese realizada a través de visiones estrictamente ajenas; las griegas o las romanas¹². Estos presupuestos son rastreables desde el relato fundacional de la ciudad en el 814 a. C.¹³ donde, a pesar de conservar elementos primitivos propiamente orientales ajenos al mundo clásico, la narrativa fue adaptada onomástica y estructuralmente a los arreglos característicos de la historiografía griega¹⁴ y, especialmente, de la historiografía helenística¹⁵. El relato fundacional propone la configuración de Cartago¹⁶ como una realidad histórica negativa y enfrentada a Roma desde su nacimiento¹⁷, cuestiones íntimamente ligadas a la articulación de una ideología racista antisemita de la inferioridad¹⁸, generadora de la falsa concepción de la *fides púnica*¹⁹ como antítesis de todo lo que representaba Roma y personificada, esencialmente, en Aníbal. Por tanto, el rastreo historiográfico de Cartago se enmarca en un mundo ajeno; regido por su adscripción filopúnica, en el mejor de los casos, competitora, en un plano intermedio, y antipúnica en su generalidad²⁰, donde los conceptos de “lo cartaginés”, “lo púnico” y “lo fenicio” se entremezclan y confunden dependiendo de las necesidades artístico-literarias de las tradiciones conservadas. Por tanto, pretendemos en el presente apartado deshilar, *grosso modo*, la definición de “lo púnico” y de “lo cartaginés” antes de la llegada del mundo helenístico.

¹¹ Krings (1994), 31-38.

¹² Barceló (1994), 1-14.

¹³ Timeo de Taormina; *FGrHist*, III, 566, F 60; Oros. IV. 6, 1; Vell. Pat. I. 6, 4; D. H. *Ant. Rom.* I. 74; Serv. I, 12; Cic. *Rep.* II. 23; Sil. *Pun.* I. 21-26; Virg. *Aen.* I, 738; Joseph. Ap. I. XVII, 106; Just. *Filip.* XVIII. 4-6. Existen otras narrativas como, por ejemplo: Filisto de Siracusa: *FGrHist*, II, 556, F 47; Eudoxo de Cnido: *FGrHist*, III, 512, cuestionadas por: Gsell (1913), 375, y desarticuladas por las dataciones radiométricas de C14: Docter et al. (2005), 557- 577; Aubet Semmler (2009), 233.

¹⁴ Svenbro y Scheid (1985), 328-342.

¹⁵ Zangara (2003), 167-187.

¹⁶ Hunt (2009), 137-154.

¹⁷ Piccaluga (1987), 409-424.

¹⁸ Said (1978); Bonnet (2005), 141.

¹⁹ Gruen (2011), 115-140. Además, Cartago fue acusada de: perfidia, Val. Max. IX, 2, 1-2; crudelitas, Cic. *Off.* I, 38; iniqua superbia, Enn. *Ann.* 279; luxuria, Val. Max. IX, 1, 1-2; avaritia, Pol. IX, 25, 1. Presupuestos que perduraron en la mentalidad europea, visible a través de la historiografía española: Ferrer Albelda (1996)

²⁰ Cassola (1983), 35-59.

Inicialmente, estos interrogantes sobre el mundo fenicio-púnico fueron planteados por el erudito Moscati en 1963 en su artículo «La questione fenicia», planteamientos posteriormente retomados y ampliados en 1974, con la obra *Problemática della civiltà fenicia (studi semitici 15)*. El propio Moscati estableció, en el brillante artículo de 1988 «Fenicio o púnico o cartaginense», que “lo púnico” debía ser aquello que las raíces latinas del término entendían; los púnicos como descendientes fenicios del occidente mediterráneo desde la mitad del s. VI a. C. hasta el s. I a. C., planteamientos mantenidos en su aportación de 1993 «Dall’età fenicia all’età cartaginense». Al respecto, debemos ensalzar la figura de Moscati como erudito pionero en la definición de “lo púnico”, sin embargo, la cuestión púnica no debía, y no podía, limitarse a un argumento meramente cronológico por acertada que resultara dicha delimitación temporal. En 2004, los cuestionamientos de Moscati fueron recogidos por López Castro, quien abogó por la eliminación del término “púnico” considerando que lo acertado sería establecer una designación de “fenicios de occidente”. En este sentido, consideramos que la interpretación de López Castro implica la negación del desarrollo independiente de los elementos originariamente cananeos en la cuenca occidental del Mediterráneo²¹, propuesta que no compartimos. Más recientemente, en 2008²², Xella realizó una reveladora contribución sobre la cuestión, considerando que la relación entre los fenicios y los “otros” (culturas mediterráneas) se encontró ligada a directrices arbitrarias dictadas por la ciudad de origen de los individuos y su relación recíproca, proponiendo indirectamente que la cuestión identitaria mediterránea surgió de procesos comparativos y competitivos más que de una autodefinición étnica, cultural e identitaria. Siguiendo estos presupuestos, si bien Xella acierta al considerar que los pueblos fenicios prefirieron articular una identidad a partir de comunidades más homogéneas y compactas (Sidón, Biblos y Tiro), no es cierto que no existiera un trasfondo cultural e identitario común en su adscripción cananea (esencialmente cultural, no extrapolable a nociones étnicas, lingüísticas y mucho menos políticas²³). También en 2008 Van Dommelen y Gómez Bellard realizaron una interesante aportación sobre la cuestión de “lo púnico” en la introducción de la obra *Rural landscapes of the Punic World*, donde asumen los presupuestos establecidos por Moscati en 1988 pero de una manera matizada, siendo aplicado a modo de término arqueológico e histórico para las principales regiones púnicas del Occidente Mediterráneo (concretadas en Ibiza/Formentera, Sicilia, Malta, el Magreb, Península Ibérica y Cerdeña) desde el s. VI a. C. hasta el s. I a. C.²⁴, unas consideraciones que encuentran sus precedentes en la magnífica obra de Krings; *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, publicada en 1994²⁵.

En nuestra opinión, cuando se pretende estipular lo que define a una cultura en la Antigüedad, en este caso la púnica²⁶, perseguimos no tanto una definición terminológica genéricamente empleada²⁷ sino más bien la delimitación étnica, cultural e identitaria de una población heterogénea que formó parte de una realidad geográfica, político-religiosa e histórica²⁸, asistiendo a un proceso de formación cultural no regido por parámetros fijos y que

²¹ López Castro (2004), 150-156.

²² Xella (2008), 69-79.

²³ Del Olmo Lete (1994), 61-86.

²⁴ Van Dommelen y Gómez Bellard (2008), 5.

²⁵ Krings (1994), 237-246.

²⁶ Φοίνικες, Poenus o Phoenix, eran términos empleados en el Mediterráneo para definir a los originariamente cananeos independientemente de su procedencia.

²⁷ Prag (2018), 11-23.

²⁸ Hall (2002), 9-19.

fue paulatino, progresivo y constante. Tal y como señaló Moscati²⁹, en el s. VI a. C. se abrió un nuevo periodo cronológico, prolongado hasta el s. I a. C., donde la interacción recíproca de Cartago con ciertas zonas del Mediterráneo occidental y central, no necesariamente determinado desde el control militar, político o administrativo pudiendo tratarse de relaciones comerciales, tecnológicas o lingüísticas³⁰, originó la creación de una nueva identidad cultural mediterránea: el mundo púnico. En otras palabras, el orbe púnico se define como un área de interacción cultural recíproca entre lo cartaginés y otras zonas mediterráneas³¹ que da origen a una serie de praxis culturales comunes pero necesariamente ramificadas regionalmente, permitiéndonos comprender las transformaciones en las dinámicas locales del centro y oeste mediterráneo desde mediados del s. VI a. C. hasta el s. I a. C. De esta manera, el mundo púnico puede ser rastreado con especial claridad, tanto por la intensidad de interacción como por su configuración de cuna de la cultura púnica³², en la zona norteafricana³³, integrando a Cartago³⁴, Mauritania³⁵, Numidia³⁶ y Marruecos³⁷, aunque también es apreciable con gran claridad en Cerdeña³⁸, con menor notoriedad en Sicilia³⁹ y aún menos rastreable en Malta o España⁴⁰. En consecuencia, Cartago no originó el mundo púnico y tampoco representó la totalidad del mismo, sino que fue el elemento hegemónico de la interacción recíproca y máximo exponente de la cultura púnica⁴¹. No obstante, estos planteamientos acarrean el cuestionamiento necesario de, ¿qué es “lo cartaginés”?

En la década pasada, algunos autores como Katzenstein⁴² abogaron por establecer el surgimiento de Cartago y de “lo cartaginés” en un pasaje de Dión Crisóstomo⁴³, donde Hannón establecía que los cartagineses eran libios (africanos) y no fenicios. En nuestra opinión, esta interpretación cuenta con una endeble base argumental al considerar que un proceso diversificado y necesariamente prolongado en el tiempo fue establecido de manera inmediata mediante la articulación de un supuesto discurso de Hannón redactado por un orador griego del siglo I d. C. Tampoco acabaron de resultar convincentes algunas propuestas como las de Elayi⁴⁴, quien en su análisis sobre las relaciones entre Tiro y Cartago durante el periodo de dominación persa consideró que el alejamiento entre lo cartaginés y lo fenicio se debió a

²⁹ Moscati (1988), 3-13.

³⁰ Siguiendo los presupuestos de Whittaker (1978), 83, o de casos más concretos como la actuación militar cartaginesa en Sicilia: Bondì (2006), 131-138, negamos la existencia de una dominación plenamente imperialista. La diferencia en la terminología es fundamental, pues las fuentes generalmente emplean *epikráteia*, término designado para una relación de señorío o alguna suerte de jurisdicción o autoridad hegemónica sobre territorios plenamente independientes, siendo diferenciado de la *eparchia*, empleado para el control territorial imperial. Espada Rodríguez (2013), 165-168. Un estudio sobre la política colonial cartaginesa en los casos norteafricano e hispano en: De Frutos Reyes (1991).

³¹ Van Dommelen y Gómez Bellard (2008), 10.

³² Ben Younès y Ben Younès (2018), 148-168.

³³ Bondì (2018), 67.

³⁴ Telmini *et al.* (2018), 113-147.

³⁵ Papi (2018), 202-218.

³⁶ Camps (1979), 43-53; Bridoux (2018), 180-201.

³⁷ Daniels (1995), 79-95.

³⁸ Roppa (2018), 257-281.

³⁹ Bondì (2018), 68.

⁴⁰ Arengui Gascó y Ferrández Sánchez (2018), 243-256.

⁴¹ Telmini *et al.* (2018), 146.

⁴² Katzenstein (1979), 29.

⁴³ D. Chr. *Ora. XXV. 7.*

⁴⁴ Elayi (1981), 15-29.

cuestiones estrictamente religiosas. Al respecto, no cabe duda de que, durante los primeros momentos del desarrollo de Cartago, los mecanismos de actuación fueron continuadores y homologables a los de la metrópolis, es decir, una cultura fenicia⁴⁵. Sin embargo, mediante un proceso de desarrollo paulatino ejecutado en el s. VII a. C. y especialmente en el s. VI a. C.⁴⁶, Cartago reestructuró los primitivos puntos de unión con la metrópolis en sólidas bases de acción autónomas para alcanzar un papel hegemónico y arbitral en el Mediterráneo Central y Occidental⁴⁷, proceso de autonomía que algunos autores no dudan en retrotraer hasta la propia fundación de la ciudad a través de la onomástica *qrīt*⁴⁸. De este modo, los mecanismos heredados e implantados por la metrópoli sufrieron una transformación, rompiendo la inicial dependencia en beneficio de la búsqueda de una identidad propia⁴⁹, procesos identificados por Moscati⁵⁰ en otros lugares del Mediterráneo como Chipre, donde comenzó a advertirse lo que definió con el término, hoy desechado, “altpunisch”. En definitiva, a lo que asistimos desde comienzos del s. VII a. C. hasta mediados del VI a. C. es a un proceso de formación de civilización donde lo “fenicio” (cananeo) primigenio se entremezcla, fundamentalmente, con la población vernácula libia⁵¹, con la cultura griega⁵² y con la influencia egipcia⁵³, pero también con los grupos mauritanos⁵⁴, con poblaciones etruscas⁵⁵ y con el pueblo romano⁵⁶, unas influencias externas conectadas intrínsecamente con unos potentes y estratificados procesos internos⁵⁷ de toda clase⁵⁸, moldeando una cultura y civilización única en la *oikoumene* mediterránea: lo cartaginés. Naturalmente, la composición de una nueva civilización acarreó la articulación, a partir del s. VI a. C., de nuevas aspiraciones económicas, políticas y territoriales, la configuración de bases organizativas, la creación de nuevas alianzas con potencias foráneas y la consolidación social de una aristocracia emergente⁵⁹, en cierta medida rastreable a través de los relatos fundacionales. Asimismo, a pesar de que tal y como establece Hoyos⁶⁰: “What made a Carthaginian a Carthaginian, socially and legally, is obscure”, es evidente que la constitución de Cartago al modo de las *pόleis* griegas⁶¹ generó un nuevo tipo de ciudadanía rastreable tanto a través de las fuentes clásicas⁶² como de las inscripciones epigráficas⁶³.

⁴⁵ Bondì (2018), 60.

⁴⁶ Ordóñez Fernández (2011), 325-341.

⁴⁷ Bondì (2018), 61-62.

⁴⁸ Ameling (2015), 40.

⁴⁹ Bendala Galán (2015), 85.

⁵⁰ Moscati (1974), 60.

⁵¹ Lancel (1994), 94; Kallala (2015), 68-73.

⁵² Fantar (1998a), 11-13.

⁵³ Acquaro (1995), 183-189; Lancel (1994), 281; Redissi (2015), 56-59.

⁵⁴ Papi (2018), 202-218.

⁵⁵ Von Hase (1993), 187-194; Belfiore (2016), 103-134; Fentress (2016), 162-163.

⁵⁶ Pol. I, 83, 10; III, 22-5. Scardigli (1991); Palmer (1997); Bourdin y Crouzet (2009), 443-449; Espada Rodríguez (2013).

⁵⁷ Stavrianopoulou (2013), 179; Telmini *et al.* (2018) 113-147.

⁵⁸ Agropecuarios, pesqueros, mineros, económicos, comerciales, militares, administrativos, urbanísticos, arquitectónicos, políticos, religiosos etc.

⁵⁹ Bendala Galán (2015), 86-87.

⁶⁰ Hoyos (2010), 20.

⁶¹ Savalli (1985), 387,431; Ferrer Albelda y García Fernández (2007), 653-667.

⁶² Arist. Pol. II, 11, 1273a; III. 9; Pol. I, 27, 1; I, 34, 6; I, 73, 75; VI, 51; VII, 9, 1; Liv. XXIV, 6, 2; D. S. V, 38, 3; XI, 1, 5; XIII, 44, 8; XIV, 75, 2-4; XVI, 79, 2; XX, 10, 6; XX, 17, 2; XX, 44; XXVIII, 80, 4.

⁶³ Mahjoubi y Fantar (1996), 201-209.

En definitiva, los procesos aquí descritos prosiguieron desarrollándose, permitiendo comprender que, en torno al 323 a. C., la cultura púnica y la civilización cartaginesa se encontraron asentadas firmemente sobre un conjunto de experiencias que sobrepasaban ampliamente las antiguas tradiciones coloniales fenicias y los ancestrales vínculos con Tiro⁶⁴. Del mismo modo, a pesar de que los lazos con la antigua ciudad cananea siguieron presentes⁶⁵, Cartago en el siglo III a. C. era al mismo tiempo una ciudad mediterránea globalizada⁶⁶ e independiente con una población étnicamente mezclada y una cultura cosmopolita plenamente definida.

III. Cartago frente a los procesos abiertos en el periodo helenístico.

III. 1. El comercio.

III. 1. 1. Evespérides o la relación entre Cartago y la Cirenaica.

La tendencia natural, casi mecánica, de la historiografía moderna a la hora de rastrear la interacción del mundo púnico y del orbe heleno ha sido centrar los estudios en el eje Cartago-Sicilia, dejando de lado la interacción fronteriza oriental Cirenaica⁶⁷ que representó la Tripolitania, aunque para el presente apartado únicamente nos centraremos en la localización de Evespérides. La ciudad de Evespérides fue fundada por colonos griegos en el s. VI a. C.⁶⁸, cronología confirmada por los datos arqueológicos de 1962⁶⁹, contando con escasos registros literarios⁷⁰ como dictamina la tónica general de la zona⁷¹. No obstante, la importancia de la región durante la etapa helenística puede constatarse en la posición prioritaria otorgada por la política exterior de Tolomeo I⁷², quedando desde el 323 a. C. bajo la influencia del sátrapa de Egipto⁷³. Asimismo, la ciudad de Evespérides jugó un papel singular en los conflictos territoriales de Tolomeo II y Magas así como en las cuestiones matrimoniales de Tolomeo III⁷⁴, siendo abandonada a mediados del s. III a. C. como consecuencia de su oposición a Berenice (futura reina)⁷⁵. Un abandono forzado⁷⁶ que generó su refundación a escasos dos kilómetros y medio bajo el nombre, precisamente, de Berenice⁷⁷.

El yacimiento de Evespérides fue identificado en 1948 gracias a una fotografía aérea de la RAF⁷⁸, iniciando una primera campaña arqueológica entre 1952 y 1954 bajo la dirección de Johns y de Wilson, sin embargo, los resultados académicos no vieron la luz hasta la recopilación fragmentaria de Wright en 1998⁷⁹. El segundo proyecto arqueológico fue realizado

⁶⁴ Bonnet (2018), 292.

⁶⁵ Curt. IV. 2, 10; IV. 3, 22; D. S. XIII. 108; XIII. 86; XX. 14, 1-2; Arr. An. II. 24. 5; Just. Ept. XVIII. 7, 7. Plin, NH. XXXVI. 39; Pol. XXXI. 12, 11, 1-2; Liv. XXXIII. 48, 3. Aunque no logremos precisar si como producto de la invención narrativa grecorromana, de la posible “invención de la tradición” cartaginesa o por ser una realidad histórica

⁶⁶ Crawley Quinn (2011), 388-413.

⁶⁷ Cohen (2006), 385-396.

⁶⁸ Hdt. IV, 159, 1-4.

⁶⁹ Howard Carter (1963), 20.

⁷⁰ Thuc. VII, 50.

⁷¹ James (2005), 1-20.

⁷² D. S. XVIII, 19-21. Austin (2006) 29.

⁷³ Kraeling (1962), 6-10; Laronde (1987), 417-454.

⁷⁴ Wilson (2003), 1652-1655.

⁷⁵ Cohen (2006), 390-391.

⁷⁶ Wilson (2003), 1672.

⁷⁷ Str. XVII, 3, 20; Pln. *HN*. 5, 31; Serv. *Verg*. IV, 483; Luc. *Philopatr*. IX, 524; Sil. *Ita. Pun.* III, 249; Ath. II, 71b; Ammian. XXII, 16, 4; Mart. Cap. VI, 672; Hierocl. *Hist.* 733, 3; Procop. *Aed.* VII, 2, 5

⁷⁸ Goodchild (1952), 208-212.

⁷⁹ Wright (1998), 613-622.

en 1962 por la Universidad de Pennsylvania, logrando encontrar tres niveles de ocupación y precisar la datación fundacional de la ciudad⁸⁰. Seguidamente, encontramos los proyectos de Jones desarrollados entre 1968 y 1969 donde se atestiguó la existencia de una estructura arquitectónica enmarcable en el periodo helenístico, proyecto no publicado del que meramente contamos con algunos datos preliminares⁸¹. En la década de los setenta⁸² la actual ciudad de Bengasi experimentó un potente crecimiento demográfico y urbanístico, desarrollando una serie de construcciones ilegales que amenazaron el yacimiento⁸³, problemática finalmente atajada en 1994 mediante la articulación de una campaña arqueológica de puesta en valor entre los años 1995-1998 y ejecutada por la Sociedad Británica de Estudios Libios y el Departamento de Antigüedades de Libia⁸⁴, arrojando gran cantidad de material cerámico que incluso permitió responder algunas cuestiones sobre el funcionamiento económico de la ciudad⁸⁵. Por tanto, el panorama arqueológico hasta 1998 permitía concluir que la ciudad de Evespérides mantuvo un desarrollo predominantemente griego, con algunas influencias libias difíciles de concretar⁸⁶ y un contacto con la civilización cartaginesa prácticamente irrelevante. Siguiendo estos presupuestos, los datos arqueológicos desmentían el fragmento de Estrabón⁸⁷, donde especificó la relación comercial existente entre los cartagineses y los mercaderes cireneos, concretamente en una ciudad denominada Carax (Golfo de Sidras, Tripolitania):

μετὰ δὲ τὴν λίμνην τόπος ἐστὶν Ἀσπὶς καὶ λιμὴν κάλλιστος τῶν ἐν τῇ σύρτει. συνεχῆς δὲ ὁ Εὐφράντας πύργος ἐστίν, ὅριον τῆς πρότερον Καρχηδονίας γῆς καὶ τῆς Κυρηναίας τῆς ὑπὸ Πτολεμαίω: εἴτ' ἄλλος τόπος Χάραξ καλούμενος, ὃ ἐμπορίῳ ἔχρωντο Καρχηδόνιοι κομίζοντες οἶνον, ἀντιφορτιζόμενοι δὲ ὅπὸν καὶ σίλφιον παρὰ τῶν ἐκ Κυρήνης λάθρᾳ παρακομιζόντων: εἴθ' οἱ Φιλαίνων βωμοί».

En consecuencia, la difícil concreción geográfica referida por el fragmento, mayoritariamente influenciada por el relato mitológico de los Altares de los Filenos⁸⁸, unido a la parquedad arqueológica, propiciaron que en 1989 Fulford⁸⁹ concluyera que el comercio mantenido entre la Tripolitania cartaginesa⁹⁰ y la Cirenaica griega en la etapa helenística fue prácticamente anecdótico, presupuestos mantenidos un año más tarde por Laronde⁹¹. No obstante, el potencial arqueológico observado en la última campaña propició la formación de un proyecto arqueológico amparado por el Departamento de Antigüedades de Libia, La Sociedad Británica de Estudios Libios, la Universidad de Oxford, la Fundación alemana Oppenheim y la Universidad de Garyunis, desarrollado entre 1999 y 2006. Este proyectó contó con más medios que cualquiera de las campañas precedentes⁹², realizando una labor científica mucho más rigurosa y sistemática, concretada en publicaciones anuales con datos preliminares en la

⁸⁰ Howard Carter (1963), 18-27.

⁸¹ Jones (1983), 109-121; Jones (1985), 27-41; Vickers *et al.* (1994), 125-136.

⁸² Jones y Little (1971), 64-79. Pudiendo apreciar el prácticamente irrelevante peso arqueológico de Evespérides.

⁸³ Bennett *et al.* (2001), 221.

⁸⁴ Hayes y Mattingly (1995), 83-96.

⁸⁵ Lloyd *et al.* (1995), 97-100; Buzaian y Lloyd (1996), 129-152; Lloyd *et al.* (1998), 145-168.

⁸⁶ Buzaian y Lloyd (1996), 151.

⁸⁷ Str. XVII, 3, 20.

⁸⁸ Str. III, 5, 5; Plin. HN. V, 28; Ptol. *Geog.* IV, 3, 4; IV, 4, 1.

⁸⁹ Fulford (1989), 169-191.

⁹⁰ Pol. III, 39, 2.

⁹¹ Laronde (1990), 169-180.

⁹² Göransson (2007), 36-42.

revista *Libyan Studies*⁹³ así como diversas aportaciones de sus directores⁹⁴ que conformaron todo un nuevo corpus interpretativo.

Los resultados arqueológicos de Evespérides lograron aportar un vasto registro anfórico así como numismático⁹⁵ asociable al mundo púnico en cuanto a tipología y rasgos estilísticos⁹⁶, identificando un comercio recíproco que adquirió un peso verdaderamente significativo durante la etapa helenística⁹⁷, sumándose al escaso grupo de ciudades mediterráneas donde se habían localizado ánforas púnicas (Sicilia y Magna Grecia⁹⁸; Corinto, Atenas y Olimpia⁹⁹; Halicarnaso¹⁰⁰). Siguiendo las aportaciones arqueológicas, el incremento del comercio entre Cartago y Evespérides (Cirenaica) podría también ser rastreable a través de las fuentes clásicas, concretamente en Salustio¹⁰¹. En el fragmento podemos identificar un periodo bélico entre los cartagineses y los cireneos, subdividido por Göransson en dos etapas; 380 a. C.-375 a. C. y 360 a. C. al 340 a. C.¹⁰², que coincidiría cronológicamente con los datos arqueológicos propuestos. En nuestra opinión, el territorio intermedio (Tripolitania) carecía de un interés expansionista por sí mismo, encontrándose poblado por tierras yermas descritas por Salustio “*harenosus*” y también atestiguadas en otras fuentes como Diodoro¹⁰³, por tanto, es probable que el conflicto bélico estuviera desencadenado, en última instancia, por las pretensiones mercantilistas cartaginesas sobre la producción de grano y legumbres cirenaicas¹⁰⁴. En este sentido, el final de la guerra (340 a. C.) daría lugar a la firma de un tratado plasmado literaria y mitológicamente por las tradiciones púnico-helenas en los Altares de los Filenos¹⁰⁵, satisfaciendo las aspiraciones económicas de ambas potencias y originando el fructífero y estable comercio atestiguado tanto por los datos arqueológicos como por el relato de Estrabón¹⁰⁶, desestimando las hipótesis de Fulford y de Laronde. Por otro lado, los análisis cerámicos permiten intuir una interacción e influencia recíproca entre los modelos de fabricación púnicos y helenos¹⁰⁷, creando una producción asociable a la cultura púnica pero con claras ramificaciones locales derivadas de la influencia helena¹⁰⁸. En consecuencia con estas aportaciones, los registros arqueológicos, especialmente los datos anfóricos, concretan unos de intercambio cultural¹⁰⁹ reconocibles dentro de los parámetros del mundo helenístico, es decir, dentro de las ramificaciones propias del periodo generadas por la extensión de la cultura helena sobre muy

⁹³ Wilson *et al.* (1999), 147-168; Bennet *et al.* (2000), 121-143; Wilson *et al.* (2001), 155-177; Wilson *et al.* (2002), 85-123; Wilson *et al.* (2003), 191-228; Wilson *et al.* (2004), 149-190; Wilson *et al.* (2005), 135-182; Wilson *et al.* (2006), 117-157.

⁹⁴ Bennet *et al.* (2001), 219-236; Wilson (2003), 1647-1675; Wilson (2006), 141-152.

⁹⁵ Wilson (2016), 125.

⁹⁶ Ramón (1995), 495-502.

⁹⁷ Wilson (2016), 137-139.

⁹⁸ Wilson *et al.* (2002), 113.

⁹⁹ Ramón (1995), 145-147.

¹⁰⁰ Docter (1999), 491.

¹⁰¹ Sallust. *Iug.* 79.

¹⁰² Göransson (2007), 28.

¹⁰³ D. S. IV. 198-199.

¹⁰⁴ Bresson (2011), 66-95; Haroun Abdelhamed (2018), 159-169. Epigráficamente documentado: Bagnall y Derow (2004), 3-4 [Tod, GHI 196].

¹⁰⁵ Crawley Quinn (2018), 169-179.

¹⁰⁶ Str. XVII, 3, 20.

¹⁰⁷ Swift (2018), 81-91.

¹⁰⁸ Göransson (2007), 177-188.

¹⁰⁹ Zimi *et al.* (2019), 21-33.

diversas zonas geográficas¹¹⁰. Estos presupuestos son rastreables y reafirmados en dos mosaicos de los suelos de Evespérides pertenecientes, según los análisis iconográficos y tecnológicos¹¹¹, a los patrones culturales y técnicos de la *koiné* mediterránea a finales del s. III y comienzos del s.II a. C.¹¹², y por tanto de influencia helena. Además, algunas campañas arqueológicas en otras regiones como Motia, Alejandría o Pella¹¹³ permiten identificar, en las mismas fechas, una serie de similitudes en los patrones tecnológicos de fabricación y en los motivos iconográficos representados, siempre identificando una influencia helena con ramificaciones regionales, procesos extrapolables e identificados en la propia Cartago¹¹⁴.

En definitiva, las evidencias arqueológicas de Evespérides, así como los escasos pero existentes registros literarios, ponen de manifiesto la existencia de una interacción socio-cultural¹¹⁵ entre la Tripolitania púnica y la Cirenaica griega en la etapa helenística donde se intercambiaron y asimilaron modelos de producción, conocimientos y saberes tecnológicos. Asimismo, consideramos que la ciudad de Evespérides, a pesar de representar un yacimiento excepcional en el actual estado de los conocimientos, significa un primer argumento de reflexión de la tradicional visión sobre el limitado contacto púnico con el Oriente¹¹⁶ mediterráneo.

III. 1. 2. Cartago y Sicilia.

El contacto del mundo púnico con la *oikoumene* mediterránea en la etapa helenística no se limitó a la zona oriental, encontrándose muy presente en el Mediterráneo Central, específicamente en Sicilia. En los últimos años, una de las obras más influyentes en los estudios sobre el mercantilismo mediterráneo, tanto en sus formas y métodos¹¹⁷ como en su impacto económico, ha sido *The corrupting sea. A study of mediterranean history* de Horden y Purcell en el 2000, asimismo, y más específicamente vinculado al estudio naval cartaginés, encontramos la extraordinaria obra de Medas, *La marinería cartaginense; le navi, gli uomini, la navigazione* del 2000. Sobre la concreta interacción entre Sicilia y Cartago sigue siendo esencial la tesis doctoral de la estudiosa alemana Hans, *Karthago und Sizilien* de 1983 o los fantásticos trabajos de Anello, «Siracusa e Cartagine» del 2002, Raviola, «Lo scontro greco-punico in Sicilia alla fine del V secolo e l'opinione pubblica ellenica di madrepatria» en 2008, Bondì, «Sicilia e Sardegna nel mondo púnico: relazioni, funzioni, distinzioni» del 2009 y Domínguez Monegro, «Cartago y Sicilia durante los siglos VI y V a. C.» en 2010.

Respecto a las relaciones entre cartagineses y griegos en Sicilia, Diodoro recoge en un fragmento¹¹⁸, asociable al 405-406 a. C., los habituales contactos comerciales entre dichas culturas, pudiendo corroborar el gran número de cartagineses presentes en la isla en otro de sus pasajes¹¹⁹: “οὐκ ὀλίγοι γὰρ τῶν Καρχηδονίων ὕκουν ἐν ταῖς Συρακούσαις ἀδρὰς ἔχοντες κτήσεις”. El fragmento de Diodoro, dejando de lado la cuestión antipúnica reflejada en el fragmento “Καρχηδονίους πολέμου διὰ τὴν ὡμότητα”¹²⁰, arroja algunos datos de interés. En primer lugar, la narrativa de Diodoro permite vislumbrar la existencia de nume-

¹¹⁰ Wilson (2006), 141-152.

¹¹¹ Wilson (2016), 146-153.

¹¹² Wilson (2016), 151.

¹¹³ Fentress (2016), 173.

¹¹⁴ Wilson et al. (2004), 157.

¹¹⁵ Fahlander (2007), 15-17.

¹¹⁶ Wolff (2004), 451-457.

¹¹⁷ Horden y Purcell (2000), 123-172.

¹¹⁸ D. S. XIII, 81, 4-5. Anello (2002), 345.

¹¹⁹ D. S. XIV, 46, 1.

¹²⁰ D. S. XIV, 46, 2. Probablemente asumido a través de la obra de Timeo de Taormina.

rosos enclaves comerciales cartagineses a modo de extensiones de la propia Cartago, alejados de la configuración tradicional colonial¹²¹, que mantuvieron un contacto directo y constante tanto con la ciudad tunecina como con las poblaciones griegas. En este sentido, tal y como señala Fentress¹²², esta serie de enclaves favorecieron la creación de espacios de interacción socio-cultural entre lo púnico y lo heleno donde se asistió a un intercambio cultural y tecnológico recíproco, procesos fortalecidos mediante las alianzas matrimoniales¹²³ rastreables en la etapa helenística¹²⁴ aunque extensibles a toda la historia de Cartago¹²⁵, dando por cierta la afirmación de Gsell: “les Carthaginois n’avaient pas le préjugé du sang”¹²⁶. De igual modo, la interacción reciproca púnico-helena puede ser atestiguada en el relato de Diodoro sobre el final de las hostilidades entre Cartago y Dionisio I de Siracusa¹²⁷. Primeramente, Diodoro establece que los cartagineses, tan pronto como el conflicto concluyó, regresaron a África “Καρχηδόνιοι μὲν εἰς Λιβύην ἔξεπλευσαν”, referencia inequívoca a la marcha del ejército africano y no a la despoblación cartaginesa de la isla. En segundo lugar, Diodoro establece que una amplia zona quedó bajo el dominio cartaginés, permitiendo a los griegos habitar sus ciudades si destruían sus fortificaciones y pagaban unos tributos¹²⁸:

“Καρχηδονίων εἶναι μετὰ τῶν ἔξαρχῆς ἀποίκων Ἐλύμους καὶ Σικανούς: Σελινουντίους δὲ καὶ Ἀκραγαντίους, ἔτι δ’ Ἰμεραίους, πρὸς δὲ τούτοις Γελώους καὶ Καμαριναίους οἰκεῖν μὲν ἐν ἀτειχίστοις ταῖς πόλεσι, φόρον δὲ τελεῖν τοῖς Καρχηδονίοις”.

Un pasaje que nos habilita a realizar dos comentarios: en primer lugar, se desprende del fragmento la existencia de una política aristocrática cartaginesa que favoreció la subsistencia de una oligarquía griega¹²⁹ cuyas motivaciones podrían radicar; tanto en la conservación de una estructura mercantil favorable como en la creación/agrupación de una red oligárquica que no viese con excesivo entusiasmo los mandatos de los tiranos sin necesidad de configurarse como filopúnicos, siendo apreciable una vinculación de intereses y desarrollo de la competitividad aristocrática mediterránea. Por otro lado, y en segundo lugar, la conservación de poblaciones griegas y cartaginesas perpetuó la existencia de esos espacios de interacción recíprocos desarrollados con anterioridad pues, a pesar de los numerosos conflictos entre los tiranos de Siracusa y Cartago durante los s. IV y III a. C., la conclusión general obtenida en la etapa helenística fue la formación de un *status quo* donde el intercambio socio-cultural fluyó constante¹³⁰ y arbitrariamente¹³¹ a través del comercio, de los modelos de producción, de las tecnologías, de las modas y de los conflictos bélicos¹³², en definitiva, de la movilidad poblacional.

En su conjunto, estas interpretaciones literarias quedan respaldadas por los estudios arqueológicos en tres ámbitos: primeramente, los análisis cerámicos aportados por Bechtold

¹²¹ Dietler (1998), 298-299.

¹²² Fentress (2016), 158.

¹²³ Hdt. VII, 165. También rastreables entre los libios y nómadas: Liv. XXIV, 41, 7; XXIX, 23; XXX, 12, 6-10; Pol. XIV, 7, 6; VIII, 16; D. S. XXV, 2.

¹²⁴ Liv. XXIV, 6, 2; Pol. VII, 2, 4.

¹²⁵ Fantar (1998a), 12.

¹²⁶ Gsell (1920), 172.

¹²⁷ D. S. XIII, 114, 1-2. Sensi Sestito (2008), 31.

¹²⁸ D. S. XIII, 114, 1.

¹²⁹ Anelo (2002), 353.

¹³⁰ Plut. Dion. XXV, 5-6; D. S. XIX, 2, 2.

¹³¹ Magnetto (2018), 85-107.

¹³² Huss (1990), 118-136; Goldsworthy (2000), 65-75; Sensi Sestito (2008), 31-50; Hoyos (2011), 136-137.

muestren una intensificación comercial entre Cartago y Sicilia desde el final de la Primera Guerra Púnica (241 a. C.) hasta la destrucción de la ciudad tunecina (146 a. C.)¹³³, implicando una intensificación en la movilidad humana y, por tanto, una mayor interacción e influencia recíproca a través de los canales anteriormente mencionados. En esta línea, autores como Mollo han aportado, acertadamente, que ya desde finales del s. IV a. C. pero especialmente en la primera mitad del s. III a. C., los cartagineses ejercían un cierto monopolio comercial a lo largo de las costas tirrénicas de Calabria y Lucania¹³⁴. Este estudio no sólo complementa la hipótesis de Bechtold sino que también establece que la producción sículo-púnica de la zona experimentó su mayor masificación a partir de la primera mitad del s. III a. C., generalizando algunas producciones tecnológicas típicamente cartaginesas como la cerámica vidriada negra o las tazas forma Blanck propias de Lilibeo¹³⁵.

En segundo lugar, siendo complementario a los estudios de Bechtold y Mollo y también aplicable al caso de Evespérides, desde mediados del s. III y durante prácticamente todo el s. II a. C. el Mediterráneo experimentó un notable incremento de naufragios con respecto a épocas anteriores¹³⁶, confirmando la intensificación comercial marítima y, por tanto, identificando un crecimiento mercantil en el Mediterráneo Central. Finalmente, habría que añadir los datos numismáticos sobre los que trataremos más adelante en el presente trabajo. En consecuencia, los yacimientos arqueológicos permiten corroborar el incremento de los contactos entre Sicilia y Cartago que las fuentes sólo dejan entrever. En definitiva, al igual que en Evespérides, los datos arqueológicos y literarios sustentan la existencia de una interacción socio-cultural entre la Sicilia cartaginesa y la Sicilia griega en la etapa helenística donde se asistió a un proceso recíproco de intercambio y asimilación tecnológico-cultural común a la *koiné* mediterránea, rastreables desde comienzos del s. III a. C., pero especialmente intensos en la segunda mitad del s. III y durante el s. II a. C.

III. 2. Cartago y la economía del periodo helenístico: la agricultura.

Cualquier consideración económica sobre el periodo helenístico debe comenzar, en nuestra opinión, con una mención a la obra de Rostovtzeff, *The social and economic history of the Hellenistic World* de 1941, trabajo que amplió considerablemente las líneas de investigación sobre los procesos económicos del mundo helenístico. En 1953 la obra de Rostovtzeff fue revisada por Fraser, precisamente el autor que en 1973 publicaría *The ancient economy*, una de las obras más influyentes de los últimos cincuenta años, donde la economía del mundo antiguo parecía estructurarse en parcelas idealizadas o modelos minimalistas más relacionados con los tópicos coetáneos del propio Finley que con la realidad de la Antigüedad¹³⁷. No obstante, el estudio de Finley marcó un antes y un después en los análisis económicos de la Antigüedad en general y de la etapa helenística en particular, pudiendo hablar de una tradición académica económica post-Finley¹³⁸, abriendo un periodo donde, para lograr componer y comprender el cuadro económico del mundo antiguo, los análisis se encuentran cada vez más estratificados. Al respecto, nos gustaría destacar las recientes aportaciones propuestas en la obra editada por Archibald, Davies, Gabrielsen y Oliver, *Hellenistic economies* de 2001 y el

¹³³ Bechtold (2007), 51-76.

¹³⁴ Mollo (2008), 243.

¹³⁵ Mollo (2008), 241-243.

¹³⁶ Horden y Purcell (2000), 368-371; Oliver (2018) 162-164.

¹³⁷ Archibald (2001), 279-284.

¹³⁸ Davies (2001), 7-44.

volumen coordinado por Archibald, Davies y Gabrielsen, *The economies of hellenistic societies, third to first centuries BC* de 2011.

En cualquier caso, los estudios económicos, más allá de las ramificaciones oportunamente planteadas, coinciden en la idea de que el orbe helenístico fue un mundo cuya actividad económica esencial fue la de producir alimentos y, por tanto, basada predominantemente en la agricultura¹³⁹, actividad sobre la que se imponían una serie de tasas o impuestos que ejercían como los verdaderos pilares económicos de la época¹⁴⁰. Sobre el ámbito científico agrario destacamos la obra editada por Gómez Bellard, *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo* de 2003 y el más reciente volumen coordinado por Van Dommelen y Gómez Bellard, *Rural landscapes of the Punic World* de 2008. La primera noticia sobre la agricultura cartaginesa la obtenemos de Diodoro¹⁴¹, quien indica que el cultivo aún no había sido introducido en Libia: “καὶ τὸ πλεῖστον τῆς χώρας ἐλαίαις κατάφυτον, ἐξ ἣς παμπληθῇ κομιζόμενοι καρπὸν ἐπώλουν εἰς Καρχηδόνα”. A pesar de que el propio Diodoro parece contradecirse a sí mismo¹⁴², consideramos que en el pasaje citado pretende hacer referencia al territorio cartaginés y no a toda África, diferencia existente en el pensamiento grecorromano¹⁴³, dando así por válidas sus consideraciones sobre la inexistencia de un cultivo sistemático en Cartago. Tradicionalmente se ha considerado que la derrota en Himera en el 480 a. C. significó un punto de inflexión en las aspiraciones de Cartago en el Mediterráneo occidental¹⁴⁴, fecha y contexto matizados acertadamente por las tradiciones actuales en su forma¹⁴⁵, señalando procesos mucho más complejos, multifacéticos e interconectados, pero generadores de la misma realidad; la reorientación de las políticas cartaginenses hacia la expansión africana¹⁴⁶ y el germen de notorios cambios en las relaciones sociales y políticas cartaginenses¹⁴⁷. Por tanto, a partir del s. IV a. C., Cartago inició un proceso de conquista africana con dos atribuciones esenciales; en primer lugar, la expansión sistemática por la fértil llanura de El-Fahs¹⁴⁸ y, en segundo lugar, la importación de las tecnologías y de los conocimientos sobre el cultivo mediterráneo¹⁴⁹, especialmente a través de Sicilia¹⁵⁰, adaptándolos a las características del clima y de los suelos africanos. Estas hipótesis adquieren solidez cuando el propio Diodoro¹⁵¹ hace mención a la riqueza de los cultivos cartaginenses y a su potente tecnología con motivo del intento de invasión por parte de Agatocles en el 310 a. C. Dicho pasaje ha sido puesto en duda audazmente por Krings¹⁵² al observar que el fragmento contiene elementos marcadamente propagandísticos y grandilocuentes, sin embargo, e incluso asumiendo sinceramente las observaciones de la erudita belga, el relato de Diodoro debió sustentarse en una realidad histórica o concepción de su tiempo (s. I a. C.) que, tal y como indica Krings, fue acentuada literariamente para servir a propósitos secundarios. En consecuencia, la veracidad

¹³⁹ Chamoux (2002), 256; Reger (2005), 332.

¹⁴⁰ Shipley (1993), 271-284.

¹⁴¹ D. S. XIII, 81, 4.

¹⁴² D. S. IV, 17, 4.

¹⁴³ Liv. XXI, 22, 3.

¹⁴⁴ Picard (1968), 86; Lancel (1994), 239.

¹⁴⁵ Van Dommel y Gómez Bellard (2008), 236.

¹⁴⁶ Picard (1968), 86.

¹⁴⁷ González Wagner (1999), 551-553.

¹⁴⁸ Huss (1990), 42.

¹⁴⁹ Picard (1961), 88. También de sus estructuras: Cato. *Agr.* 4, 1; 8, 2.

¹⁵⁰ Lugar de abastecimiento neurálgico tanto para Cartago como para Roma. Liv. II, 34; Dio Cas. V, 18, 4.

¹⁵¹ D. S. XX, 8, 2-4.

¹⁵² Krings (2008), 28-30.

estrictamente literaria puede cuestionarse, pero no debe desmentirse la existencia de una relativa prosperidad agrícola en el *hinterland* cartaginés, más aún cuando puede rastrearse tanto a través de la arqueología¹⁵³ como de otras narrativas clásicas¹⁵⁴ e incluso papirográficas¹⁵⁵. Asimismo, parece difícilmente cuestionable que los conocimientos cartagineses sobre el cultivo desde finales del s. IV a. C. y comienzos del s. III a. C. fuesen sumamente amplios¹⁵⁶, tal y como constata la obra y figura de Magón el agrónomo, un cartaginés que vivió en la etapa helenística¹⁵⁷ y fue considerado por la tradición romana como el padre de la ciencia agrícola¹⁵⁸ por sus numerosas aportaciones¹⁵⁹.

En otro pasaje, el propio Diodoro¹⁶⁰ establece que Cartago se encontraba en plenas capacidades de exportar cereal en el 306 a. C., confirmando la capacidad productiva de la ciudad tunecina y su *hinterland* en la etapa helenística. No obstante, y evitando caer en un análisis restringido exclusivamente al plano literario, tópico ya señalado por Morel¹⁶¹, nos gustaría realizar algunas apreciaciones para conjugar los datos literarios con las evidencias arqueológicas. Primeramente, la cronología propuesta por Diodoro concuerda con la arrojada en el estudio de Evespérides, en esta línea, consideramos que la hipótesis planteada sobre el conflicto y posterior afianzamiento mercantil entre Cartago y la Cirenaica por cuestiones alimenticias queda reforzada, creando un intenso comercio en torno al 340 a. C. por las necesidades cartaginenses de exportar (esencialmente vid y derivados del cultivo arbustivos) e importar (legumbres y grano). En segundo lugar, la creación de excedente alimenticio en Cartago también permite una mejor comprensión sobre los análisis arqueológicos de Bechtold mencionados para el caso siciliano, indicando una intensificación en la interacción comercial Italia-Sicilia-África. Consecuentemente, estos planteamientos permiten situar a Cartago como uno de los grandes activos mercantiles en el mediterráneo desde comienzos del s. III a. C. y a lo largo del s. II a. C., especialmente vinculados a la actividad alimenticia y a la competitividad derivada de dicha actividad, configurando un marco de estudio alternativo al tradicionalmente trazado¹⁶². Es igualmente revelador que las campañas arqueológicas hayan identificado en el *hinterland* cartaginés únicamente seis asentamientos agrícolas atribuibles al comienzo del s. IV a. C. y ese número ascienda hasta unas cincuenta en la segunda mitad del s. III a. C.¹⁶³, de este modo, no parece descabellado dar credibilidad al relato de Apiano sobre la inmejorable riqueza en cultivos del *hinterland* de Cartago y a la existencia de las trescientas ciudades de Estrabón antes de la Tercera Guerra Púnica¹⁶⁴. Por tanto, e incluso en las tesis arqueológicas más pesi-

¹⁵³ Lancel (1994), 260-267. Aunque las recientes prospecciones proponen que localizaciones como Jerba ofrecen un mejor corpus arqueológico para concretar esa prosperidad agraria: Fentress y Docter (2008), 112-122.

¹⁵⁴ Oros. IV, 6, 24-32; Polieno V, 3, 4-5. Algo similar ocurre con la invasión de Marco Régulo narrada por Pol. I, 29, 7. Walbank (1957), 89; Hassine Fantar (1998b), 75-84; Krings (2008), 30-32.

¹⁵⁵ Raffone (2001), 209-228.

¹⁵⁶ Macdonald (2018), 14.

¹⁵⁷ Existe gran diversidad de interpretaciones, sin embargo, la generalidad académica decide situarlo en el periodo helenístico: Domínguez Petit (2004), 181-183 y 191-192, interpretación que coincide con las implicaciones políticas anti-catonianas de su traducción al latín y al griego: Krings (2008) 26-27.

¹⁵⁸ Columela I, 1, 6.

¹⁵⁹ Picard (1961), 88-89; Hassine Fantar (1993), 262-263; Lancel (1994), 254-258; Domínguez Petit (2004), 179-192; Krings (2008), 24-27.

¹⁶⁰ D. S. LXXIX, 5.

¹⁶¹ Morel (2000), 411-413.

¹⁶² Casson (1954), 168-187.

¹⁶³ Fentress y Docter (2008), 108; Fentress (2016), 169.

¹⁶⁴ App. Pun. 117; Str. XVII, 3, 15.

mistas, donde no conciben un crecimiento agrario cartaginés pleno hasta finales del s. II a. C. y comienzos del s. I a. C.¹⁶⁵, los datos arqueológicos y literarios permiten esbozar un potente crecimiento agrario en el periodo helenístico, una dinámica de crecimiento y desarrollo que, tal y como señala Lancel¹⁶⁶, habilitó a la región de Cartago en época romana a presentar la mayor densidad de implantaciones urbanas agrícolas vista en la Antigüedad, mayor incluso que la encontrada en las regiones griegas de Oriente.

En definitiva, la prosperidad de la agricultura cartaginesa en la etapa helenística trasmitida por las fuentes clásicas queda respaldada por los diversos estudios arqueológicos, admitiendo la propuesta de que Cartago se consolidó como la ciudad que mejor respondió a la competitividad, necesidades y procesos económicos del mundo helenístico occidental, propiciando su ascensión a primera potencia agrícola en la cuenca occidental mediterránea desde mitad del s. III a. C. hasta comienzos del s. I a. C.

III. 3. Urbanismo y arquitectura en Cartago durante la etapa helenística.

Probablemente, Chamoux acertó al proponer¹⁶⁷, siendo seguido por la historiografía posterior¹⁶⁸, que una de las características básicas para comprender y definir el mundo helenístico fue la formación de grandes ciudades. En este sentido, desde finales del s. IV a. C. y comienzos del s. III a. C. hasta la primera mitad del s. I a. C. tiene lugar un proceso donde las ciudades en el periodo helenístico experimentaron un notable crecimiento demográfico y geográfico¹⁶⁹. Este crecimiento, e independientemente de las pertinentes ramificaciones geográficas, deriva en la creación de proyectos urbanísticos y arquitectónicos más o menos equiparables y caracterizados por su asombrosa iniciativa e inventiva para satisfacer las demandas propuestas por el nuevo contexto¹⁷⁰, unas características a las que deberíamos añadir: la creación de programas urbanísticos planificados en manzanas, existencia de rectitud, ortogonalidad y conectividad funcional en la ciudad, aumento del lujo interior en las viviendas o la creciente importancia de los espacios públicos y habitacionales¹⁷¹.

Al respecto, las fuentes clásicas aportan exiguos datos sobre la topografía y aspecto de Cartago¹⁷², especialmente doliente resulta la pérdida del libro XXXVII de Polibio donde muy probablemente incluyó una descripción de la ciudad tunecina en etapa helenística del mismo modo que realizó con la *Qrt Hdst hispana*¹⁷³, por otro lado, los datos epigráficos y papirológicos son igualmente insuficientes¹⁷⁴, motivos por los cuales la principal fuente de conocimiento es la arqueología. Desde mediados de los años setenta los proyectos arqueológicos en Cartago comenzaron a desvincularse de las tradicionales corrientes colonialistas y nacionalistas, adquiriendo una dimensión más internacional y científica, cristalizando en la intervención de la UNESCO desde 1980 hasta 1990, donde el rigor científico de las prospecciones arqueológicas

¹⁶⁵ Fentress y Docter (2008), 127.

¹⁶⁶ Lancel (1994), 251.

¹⁶⁷ Chamoux (2002), 255. Derivado de Finley (1977), 305: "the greco-roman world was a world of cities".

¹⁶⁸ Braund (2005), 21.

¹⁶⁹ Billows (2005) 196.

¹⁷⁰ Chamoux (2002), 264.

¹⁷¹ Fumadó Ortega (2013), 80.

¹⁷² Generalmente apareciendo de manera secundaria: Pol. I, 73, 4-5; III, 23; XXXVIII, 19, 1; Just. *Epit.* XXI, 4, 3; XXII, 7, 8; XXXI, 2, 3; App. Pun. 88; 91; 127-129; 130; D. S. V, 16, 3; V, 16, 12; X, 18, 6; XI, 1, 5; XI, 20, 2; XI, 23, 2; XI, 24, 2-3; XII, 82, 7; XIII, 43, 3; XIII, 62, 6; XIII, 79, 8; XIII, 80, 5; XIII, 81, 4; XIII, 88, 3; XIII, 90, 4-5; XIII, 96, 5; XIV, 46, 5; XIV, 47, 1; XIV, 49, 2; XIV, 63, 3; XIV, 75, 4; XIV, 76, 3; XIV, 77, 3-5; XV, 24, 2-3; XV, 73, 1; XVI, 81, 3-4; XVII, 41, 1; XVII, 46, 4; XX, 9, 4; XX, 44; XXXII, 6, 4.

¹⁷³ Pol. X, 10. Walbank (1967), 205-207.

¹⁷⁴ Fumadó Ortega (2013), 96-101.

cas americanas, alemanas, italianas, británicas y tunecinas permitieron ampliar, notoriamente, los conocimientos sobre la ciudad africana¹⁷⁵. Entre el vasto corpus arqueológico arrojado por las sucesivas campañas destacan los descubrimientos de los denominados “barrios nuevos” o “ensanches”. El primer barrio fue el de Magón (*Quartier Magon*), planificación iniciada en el s. V a. C. pero esencialmente desarrollado desde la segunda mitad del s. III a comienzos del s. I a. C. El Barrio de Magón fue una ampliación urbanística orientada hacia la costa y motivada por el crecimiento demográfico de la ciudad, generando la creación organizada de grandes espacios habitacionales (*insulae*) en las zonas marginales de la ciudad¹⁷⁶, asimismo, los análisis metrológicos establecen que el proyecto originario quedó obsoleto en la etapa helenística, siendo remodelado en casi un triple de sus proporciones¹⁷⁷, dando una idea del aumento demográfico que experimentó Cartago en este periodo. Es igualmente destacable que las edificaciones construidas en este ensanche se distinguen claramente, tanto en dimensiones como en equipamiento, de los viejos hogares del casco antiguo, proporcionando datos iconográficos y tecnológicos propios del mundo oriental (egipcio)¹⁷⁸, púnico¹⁷⁹ y heleno¹⁸⁰. Esta transformación de la ciudad en la etapa helenística puede corroborarse en el otro extremo de la ciudad, en el sureste de la colina de Byrsa, en el conocido Barrio de Aníbal (*Quartier d'Hannibal*). El Barrio de Aníbal, y del mismo modo que en el caso anterior, fue el resultado de un diseño urbanístico meditado y estructurado en *insulae* que intervino en un sector de la ciudad hasta entonces periférico¹⁸¹, adaptándose en función de las estructuras preexistentes y de las necesidades demográficas¹⁸², encontrando elementos iconográficos y arquitectónicos de marcada influencia griega¹⁸³. Asimismo, la evidente funcionalidad, conectividad y planificación propias de las ciudades en el periodo helenístico¹⁸⁴ son pertinente identificadas en ambos proyectos urbanísticos, pudiendo ser rastreable en su configuración; el Barrio de Magón se encontró delimitado y conectado por diversas calles, siendo vertebrado por una avenida que llegaba hasta la muralla marítima y enlazaba con la *platéia* del casco antiguo, creando un vital cruce de caminos con la Vía Sacra. Por su lado, el Barrio de Aníbal estuvo demarcado por sus calles y articulado por una avenida que conectaba el ensanche con los grandes puertos¹⁸⁵, disposiciones coincidentes con las pocas referencias entregadas por los autores clásicos¹⁸⁶ y que, tal y como señala Fumadó Ortega, respondieron a una serie de criterios comunes a otras ciudades del Mediterráneo central desde comienzos del s. III a. C. hasta finales del s. II a. C.¹⁸⁷. La disposición de los barrios, su organización, las técnicas arquitectónicas y los planteamientos urbanísticos empleados permiten situar a Cartago dentro de las características arquitectónicas y urbanísticas establecidas por Chamoux al inicio de este apartado para el mundo helenístico. Además, la plena ratificación sobre la asimilación cartaginesa de las praxis tecnológicas, urbanísticas y arquitectónicas típicamente asociables al orbe helenístico deben

¹⁷⁵ Fumadó Ortega (2009).

¹⁷⁶ Fumadó Ortega (2013), 310.

¹⁷⁷ Fumadó Ortega (2013), 214.

¹⁷⁸ Fumadó Ortega (2015), 37.

¹⁷⁹ Lancel (1994), 146; Fumadó Ortega (2013), 304-310.

¹⁸⁰ Picard (1968), 223 y 283-285.

¹⁸¹ Fumadó Ortega (2013), 344.

¹⁸² García Coca (2012), 90-94.

¹⁸³ González Wagner (2013), 103.

¹⁸⁴ Billows (2005), 200.

¹⁸⁵ García Coca (2012), 78-81.

¹⁸⁶ Just. *Epit.* XX, 7, 8; XXXI, 2, 3-6; Liv. XXXIII, 47, 10; D. S. XX, 9, 4; XX, 44, 3; XXXII, 6, 4; App. *Pun.* 127-129.

¹⁸⁷ Fumadó Ortega (2013), 343.

rastrearse en la implantación de dichos modelos en Hispania, tal y como confirman los análisis arqueológicos sobre murallas, disposiciones defensivas o planificaciones urbanísticas¹⁸⁸.

Dejando de lado los proyectos urbanísticos habitacionales, los procesos constructivos helenísticos también estuvieron caracterizados por la creación de solemnes proyectos arquitectónicos¹⁸⁹, esta política urbanística marcada por la monumentalidad será común a las sociedades helenísticas, especialmente propiciados por la competitividad aristocrática¹⁹⁰ y por la supervivencia de la ciudad¹⁹¹. En este sentido, Melliti desarrolla que, paralelamente a las reformas habitacionales, se inició a comienzos del s. III a. C. la construcción de un monumental templo dedicado a Eshmun/Asklepiós en la Colina de Byrsa¹⁹².

Igualmente, resulta verdaderamente revelador que, a pesar de que la base del poderío cartaginés desde el s. VI-V a. C. fuese el marítimo, las grandes remodelaciones portuarias cartaginesas fueran acometidas en el s. II a. C., después de perder la Segunda Guerra Púnica¹⁹³. La descripción de Apiano sobre los puertos¹⁹⁴ ha sido confirmada, salvo contadas matizaciones, por la arqueología¹⁹⁵, dando origen a un prolongado debate sobre cuestiones de tipo logístico. En esta línea, Warmington señaló que la estructuración de dos puertos conectados por una única salida marítima de características tan estrechas plantearía unos problemas logísticos evidentes en la circulación naval¹⁹⁶, presupuestos recogidos y consolidados por Lancel quien, basándose en los datos arqueológicos, identificó que la profundidad de dos con cinco metros presente en los puertos resultaría insuficiente para las maniobras de los buques de guerra cartagineses¹⁹⁷. La realidad arqueológica precipitó a que algunos autores como Fantar¹⁹⁸ buscaran la solución naval púnica en otros fondeaderos como los de la Bahía de Ariana o el Lago de Túnez, hipótesis que encontrarían su respaldo en las fuentes clásicas¹⁹⁹. Este panorama académico ha generado una tendencia que considera que las praxis marítimas de Cartago permanecieron ligadas al ámbito fenicio (“*Cothon*”), articulando unos puertos que sirvieran, esencialmente, a finalidades mercantiles y de reparación así como de cobijo en la etapa invernal²⁰⁰, empleando puertos subsidiarios cercanos en caso de necesidad. No obstante, y no negando las hipótesis logísticas planteadas, consideramos que se ha abandonado sistemáticamente en los estudios contemporáneos la realidad sobre unos nuevos mecanismos organizativos, imaginativos y arquitectónicos que remodelaron la estructura portuaria de Cartago, ya visibles en la descripción de Apiano, y que, indudablemente, respondieron a los parámetros típicamente característicos del mundo helenístico desarrollados en el presente apartado. Al respecto, los modelos constructivos e imaginativos empleados por los cartagineses en el s. II a. C. para la remodelación de los puertos encuentran su aplicación en otros puertos coetáneos

¹⁸⁸ Bendala Galán y Blánquez (2002-2003), 145-158; Moret (2006), 207-227; Prados Martínez y Blánquez Pérez (2007), 57-74; Moret (2013), 38-43.

¹⁸⁹ Versluys (2017), 135-137 y 232-241.

¹⁹⁰ Por ejemplo, el caso africano y púnico de Numidia: Crawley Quinn (2016), 179-211.

¹⁹¹ Chamoux (2002), 299.

¹⁹² Melliti (2006), 385-387; Melliti (2010), 91-98; Melliti (2016), 167-170.

¹⁹³ Fumadó Ortega (2015), 36; Melliti (2016), 174-175.

¹⁹⁴ App. Afr. 96.

¹⁹⁵ Hurst (1993), 42-51.

¹⁹⁶ Warmington (1969), 171.

¹⁹⁷ Lancel (1994), 169-173.

¹⁹⁸ Hassine Fantar (1993), 129-130.

¹⁹⁹ Cic. *Leg. II.* 32, 87.

²⁰⁰ Hoyos (2010), 88-93.

y cercanos que sufrieron estos mismos procesos como el de Ptolemaida²⁰¹ y el de Apolonia²⁰² en la Cirenaica.

En último lugar, nos gustaría realizar algunas reflexiones sobre los elementos helenos en Cartago a través de la arquitectura y la iconografía. Hasta el siglo IV a. C., los análisis cerámicos, arquitectónicos, estilísticos e iconográficos del mundo púnico demostraban una predominante influencia del mundo oriental, específicamente del orbe egipcio²⁰³, sin embargo, a partir de finales del s. IV a. C. y, especialmente, de inicios del s. III a. C. la tendencia cambió drásticamente, observándose una preponderancia de la influencia griega en elementos estéticos y ornamentales²⁰⁴. Al respecto, a la influencia helena vista en la cerámica de Evésperides y de Sicilia podría añadirse la de Córcega²⁰⁵, no obstante, los elementos más sugestivos los encontramos en la arquitectura y su iconografía. Siguiendo estos presupuestos, resulta sumamente indicativo que las mayores reformas interiores atestiguadas en la arquitectura doméstica cartaginesa, encontrándose orientadas al aumento del lujo, estén datadas entre la Segunda y la Tercera Guerra Púnica²⁰⁶ y, por tanto, inmersas en los cánones imperantes de la koiné mediterránea en el s. II a. C., encontrando paralelos comunes en otras ciudades pero con las evidentes ramificaciones geográficas²⁰⁷. Asimismo, la influencia helena también es apreciable en estas reformas urbanísticas y arquitectónicas a través de determinados rasgos artísticos o tópicos decorativos griegos, encontramos ejemplos en numerosas representaciones como las estelas²⁰⁸, pórticos, pavimentos, en los capiteles de pilares y en las propias columnas (jónico y dórico)²⁰⁹ y también en el ámbito funerario²¹⁰, especialmente en los *tophet* de Motia y de Cartago²¹¹.

En definitiva, los análisis arqueológicos sobre el urbanismo y la arquitectura concluyen que Cartago experimentó las transformaciones propias de las ciudades helenísticas, manifestando y asimilando los procesos demográficos, urbanísticos y tecnológicos característicos del periodo.

III. 4. La moneda.

En torno al año 2000 las investigaciones sobre las amonedaciones cartaginesas alcanzaron un gran desarrollo científico, buena cuenta de ello dan los trabajos de Visonà, «carthaginian coinage in perspective» de 1998; el estudio de Manfredi, «produzione e circolazione delle monete puniche nel sud dell’Italia e nelle isole del Mediterraneo Occidentale (Sicilia e Sardegna)» en el 2000 y, especialmente, el extenso artículo de Lee, «Entella: the silver coinage of the campanian mercenaries and the site of the first carthaginian mint 410-409 BC» en el 2000. Esta serie de trabajos establecieron que las primeras acuñaciones cartaginesas debían retro-

²⁰¹ Yorke y Davidson (2017), 48-71.

²⁰² Chamoux (2002), 300-302 y 310.

²⁰³ Lancel (1994), 282; Redissi (2015), 56-59.

²⁰⁴ Picard (1983), 725; Lancel (1994), 286-287; Tusa (1995), 26; Fantar (2004b), 127.

²⁰⁵ Bernardini (2006), 72.

²⁰⁶ Fumadó Ortega (2013), 37.

²⁰⁷ Picard (1961), 44-54; Ling (1991), 449-461; Fentress (2016), 174-178.

²⁰⁸ Picard (1967), 9-30.

²⁰⁹ Ferchiou (1991), 19-27; Francisi (1991), 863-874; Lancel (1994), 282-294; Fantar (2004b), 119-128; García Coca (2012), 71-98.

²¹⁰ Di Vita (1976), 173-285; Ferchiou (1987), 15-45, Fedak (1990), 136; Krandel-Ben Younès (2002); Fantar (2004a), 113-118; Hoyos (2010), 112-113.

²¹¹ Orsingher, (2013), 293-701.

traerse hasta finales del s. V a. C. y comienzos del s. IV a. C.²¹², logrando identificar que todas las fábricas numismáticas cartaginesas se encontraban exclusivamente adscritas al territorio siciliano²¹³ y cuya finalidad era pagar a la soldadesca griega mercenaria, consecuentemente, la inserción cartaginesa en la producción monetaria estuvo ligada a cuestiones militares y políticas más que a motivos económicos en sí mismos²¹⁴. Este tipo de producción prosiguió realizándose durante el s. IV a. C. en la Sicilia cartaginesa, siendo apreciable la introducción de nuevos metales en el proceso de acuñación²¹⁵ y un progresivo perfeccionamiento en los sistemas de fabricación²¹⁶. De este modo, las acuñaciones cartaginesas a mediados del s. IV a. C. muestran, en el anverso, una cabeza femenina con collar, un arete con tres colgantes y con cuatro delfines nadando a su alrededor y, en el reverso, una palmera y un caballo completo, iconografía proveniente de los modelos siracusanos vinculados a Demeter²¹⁷ que, en el mundo púnico podría haber querido representar a la diosa Tanit²¹⁸. Por tanto, tal y como señala acertadamente García-Bellido²¹⁹, podemos establecer que la amonedación cartaginesa había sido siempre una moneda tecnológica e iconográficamente griega, no distinguiendo a Melqart de Heracles, a Tanit de Demeter o a Baal Hammon de Zeus.

Es igualmente significativo que Cartago adquiriese un verdadero carácter monetario a finales del s. IV a. C.²²⁰, creando sus fábricas de producción en la etapa helenística y no antes²²¹. Esta realidad nos invita a proponer dos comentarios, quizás evidentes pero necesarios; primeramente, las evidencias arqueológicas de amonedación en Cartago antes del periodo helenístico indican que no vieron necesario servirse de monedas de alto valor (mayor empleo porcentual de oro)²²² como medio de transacción en el ámbito militar, por tanto y, en segundo lugar, la etapa helenística estructuró un nuevo marco de interacción mediterráneo²²³ del que Cartago fue indudablemente partícipe. Tras la muerte de Alejandro, los Diadocos crearon paulatinamente un sistema iconográfico donde la moneda fue uno de los principales canales de propagación debido a su enorme difusión²²⁴, de este modo, la iconografía helenística reflejada en las acuñaciones instituyó en su amplitud las nuevas connotaciones políticas del periodo. Siguiendo estos presupuestos, el mundo helenístico creó un nuevo canon numismático marcado por la ambigüedad al entremezclar la clásica iconográfica religiosa helena con un marcado componente laico (político)²²⁵, concretado en la repetición de los caracteres fisionómicos de los miembros de la familia, unas imágenes creadas por Filipo II²²⁶ y expandidas masivamente mediante la vinculación que Alejandro se esforzó por crear con Heracles a partir de sus acciones y de la propaganda, obteniendo tanto éxito que, tras su muerte, el mundo helenístico concibió la imagen iconográfica del dirigente militar con los atributos de

²¹² Cronología encontrada en autores anteriores: Picard (1961), 181.

²¹³ Acuñaciones iniciadas en Entella según Lee. Mildenberg (1992), 289-293

²¹⁴ Visonà (1998), 4; Manfredi (2000), 15; Desanges (2007), 170; Prag (2010), 1-10.

²¹⁵ Visonà (2009), 173-174.

²¹⁶ Manfredi (2016), 226.

²¹⁷ Cutroni Tusa (2000), 259-261.

²¹⁸ Thonemann (2013), 104.

²¹⁹ García-Bellido (2013), 184.

²²⁰ Huss (1990), 327; Tsirkin (2000), 1235; Frey-Kupper (2006), 30.

²²¹ Frey-Kupper (2018), 90-92.

²²² Frey-Kupper (2006), 30.

²²³ Oliver (2018), 166-167

²²⁴ Davies (2006), 80-81; García-Bellido (2013), 179.

²²⁵ García Bellido (2006), 295.

²²⁶ Breckenridge (1983), 111-128.

un Alejandro divinizado al modo de Heracles²²⁷. Esta iconografía se perpetuó por la pretensión de los monarcas helenísticos de seguir el modelo de Alejandro²²⁸, expandiendo a todo el mediterráneo una iconografía numismática típicamente helenística y helenizada cuya máxima característica fue la ambigüedad político-religiosa representada por los retratos al modo de Heracles/Melqart, dios/héroe asimilado mediante un proceso de sincretismo ideológico e iconográfico común al mediterráneo como demuestra el conjunto arqueológico de Gadir²²⁹ o la propia identificación realizada por Alejandro en Tiro²³⁰.

Por tanto, el orbe helenístico normalizó un nuevo arquetipo de moneda en el mediterráneo mediante la repetición de los elementos tecnológico-iconográficos instaurando, por la propia fluctuación monetaria, un sistema numismático sólido y característico. Este sistema provocó que las influencias helenas tradicionales en la numismática cartaginesa del s. IV a. C. se mantuvieran y evolucionaran según las directrices imperantes de los s. III y II a. C., dando origen a una acuñación púnica claramente asociable al orbe helenístico. Los ejemplos paradigmáticos de estas acuñaciones cartaginesas adscritas al mundo helenístico los encontramos en dos contextos geográficos y temporalmente diferentes: Sicilia e Hispania. Primeramente, la amonedación século-púnica más tardía se encuentra datada entre el 305-295 a. C. y, por tanto, después del regreso de Agatocles tras el fracaso africano²³¹. En estas series de tetradracmas encontramos, en el anverso, a Melqart con la *leonté* y la clava y, en el reverso, una cabeza de caballo con una palmera. Sin pretender acometer un profundo análisis para dar respuesta al cambio²³², podemos observar un significativo salto iconográfico, estilístico y tecnológico en el anverso de las series con respecto al periodo anterior, evidenciando la entrada cartaginesa en los parámetros comunes de las sociedades helenísticas del s. III a. C.²³³, especialmente visible en la sustitución de Tanit/Demeter por Melqart/Heracles. De hecho, más allá de las hipótesis que intentan esmeradamente dar respuesta a este cambio, lo verdaderamente sustancial es que el cambio se produjo, es decir, el diseño numismático cartaginés se transformó según las peculiaridades del contexto y se adaptó dualmente a las audiencias púnico-helenas del s. III a. C., tal y como sucedió en otros contextos mediterráneos como, por ejemplo, Evespérides²³⁴ o Heraclea²³⁵. Estas acuñaciones século-púnicas mantuvieron las características propias del periodo durante el s. III y el s. II a. C., una producción especialmente intensificada en los periodos bélicos romano-cartaginenses²³⁶, indicadores de su empleo retributivo.

En segundo lugar, la sincera asimilación de las técnicas numismáticas y de la iconografía más representativa del orbe helenístico tiene, una vez más, su mayor exponente en Hispania (237-206 a. C.). La representación iconográfica de Melqart en la amonedación hispana²³⁷ contaba con un profundo arraigo en los talleres gaditanos, encontrando otras representaciones en las cecas de Sexi, Baria o Abdera²³⁸. Sin embargo, y paralelo a lo acontecido en Sicilia, las necesidades bélicas cartaginesas implicaron en Iberia una masificación en la acuñación con

²²⁷ Nicgorski (2005), 114.

²²⁸ Rawlings (2005), 164-171.

²²⁹ Jiménez Flores *et al.* (2011), 136.

²³⁰ Arr., *An.*, II, 16-24; Plu., *Vit. Alex.*, 24, 5-6; D. S., 41-42; Curt., IV, 2-3.

²³¹ D. S. XX, 64-69.

²³² Bondì (1990-1991), 215-231; Bondì (2000), 83-89.

²³³ Yarrow (2016), 355.

²³⁴ Buttrey (1994), 137-145.

²³⁵ Yarrow (2016), 351-354.

²³⁶ Frey-Kupper (2006), 27-56.

²³⁷ Mora Serrano (2007), 406-438.

²³⁸ Domínguez Monedero (2000), 60-61; López Castro (2007), 157-185.

respecto a períodos anteriores²³⁹, incluyendo en el proceso tanto a los talleres propiamente cartagineses como a los fenicios preexistentes²⁴⁰, todos ellos bajo el nuevo modelo numismático implantado en el s. III a. C. Estas consideraciones cobran sentido en las acuñaciones bárquidas²⁴¹ pues, dejando de lado el debatible y debatido proyecto monárquico, a partir de Asdrúbal²⁴² se observa un cambio esencial en los modelos numismáticos, significando no sólo la continuación de las praxis iniciadas en Sicilia²⁴³ sino la plena inmersión de la amonedación cartaginesa en los parámetros del mundo helenístico y en la iconografía helenizada, tanto desde el punto de vista tecnológico como iconográfico²⁴⁴. El caso Bárquida en Hispania es el ejemplo paradigmático de que la numismática cartaginesa no sólo participó de las iconografías monetarias y del ambiente político-cultural en el que se desarrolló, sino que dichas transformaciones implicaron procesos históricos que los justificaron. Finalmente, nos gustaría indicar que, aunque no pertenezcan a las cecas cartaginesas, la amonedación producida en la Guerra de los Mercenarios (241-238 a. C.), encontrando iconografía y técnicas estrictamente asociables a las características expuestas para el mundo helenístico²⁴⁵, permite extraer dos conclusiones: en primer lugar, los cánones numismáticos helenísticos estaban plenamente afianzados en el norte de África en torno al 241 a. C., configurándose como un modelo de influencia, junto al siracusano²⁴⁶, para las posteriores acuñaciones bárquidas. En segundo lugar, los modelos iconográficos helenizados impusieron su validez en el contexto mediterráneo pues, a pesar de las ramificaciones tipológicas encontradas²⁴⁷ e independientemente de la procedencia de los individuos²⁴⁸, el empleo del griego y sus modelos fue el elemento aglutinador²⁴⁹.

En definitiva, los análisis numismáticos muestran que Cartago siempre produjo una moneda de clara influencia helena, participando activamente del contexto mediterráneo. Esta tradición interactiva no hizo sino continuar e incrementarse a finales del s. IV a. C. y comienzos del s. III a. C., creando una casa de la moneda hasta entonces inexistente en la ciudad tunecina a la par que asimilaba los modelos tecnológicos, iconográficos y propagandísticos propios de los reinos helenísticos como demuestran los análisis sicilianos, norte africanos e hispanos.

III. 5. La religión.

Tradicionalmente, los estudios sobre el ámbito ritualístico y religioso en la etapa helenística han venido a establecer que, junto el culto al monarca²⁵⁰, la mayor singularidad religiosa del periodo tuvo lugar debido a los movimientos poblacionales y culturales griegos, propiciando

²³⁹ Visible incluso en el Nordeste y Levante peninsular, concretamente en Arse, Saiti y Emporion: Campo (2000), 94-95.

²⁴⁰ Villaronga (1973), 123-129.

²⁴¹ Alfaro Asins (2000), 104-106; García Bellido (2013), 177-204; Bendala Galán (2015), 158-167.

²⁴² García-Bellido (2013), 185; Bendala Galán (2015), 161.

²⁴³ Cebríán Sánchez (2004), 196.

²⁴⁴ Visonà (2009), 180; Mora Serrano (2000), 158.

²⁴⁵ Yarrow (2016), 362-363.

²⁴⁶ Junto a las datadas en el 305-295 a. C. deberíamos de añadir una influencia más directa con Hierón II: García Bellido (2013), 199.

²⁴⁷ Dependiendo de los autores, parceladas en seis o nueve tipologías y diversas ramificaciones. Seis: Robinson (1943), 1-13; Robinson (1953), 27-32; Carradice y La Niece (1988), 33-52; Manganaro (1992), 93-106. Nueve: Zimmermann (2001), 235-252.

²⁴⁸ Plb. I, 67.

²⁴⁹ Thonemann (2013), 105-106.

²⁵⁰ Chaniotis (2005), 431-446.

un contexto de intercambio recíproco en las tradiciones religiosas que generó unos procesos de sincretismo mayores a cualquiera de los períodos anteriores²⁵¹, no obstante, estos trabajos se enmarcan en los espacios estrictamente griegos o tradicionalmente asumidos como helenísticos: el Imperio Seléucida, el Egipto Tolemaico, el Reino de Bactria o el Imperio de Partia.

Para el estudio de Cartago, estos procesos de interacción religiosa pueden retrotraerse hasta el 396 a. C., momento en el que Cartago incorporó el culto de Deméter y Kore, principales divinidades agrarias de Sicilia²⁵², en la propia Cartago después de haber sido destruidos por Himilcón. Según narra Diodoro²⁵³: “κατελάβετο δὲ καὶ τὸ τῆς Ἀχραδινῆς προάστειον, καὶ τοὺς νεώς τῆς τε Δήμητρος καὶ Κόρης ἐσύλησεν”, una destrucción que precipitó el brote de la peste en el ejército cartaginés, aunque el propio Diodoro en el relato remarca las causas climáticas, geográficas e insalubres que favorecieron la germinación de dicha peste²⁵⁴, desestimando la ira divina. No obstante, más adelante en el relato, Diodoro especifica que fueron esos agravios religiosos “ἀσεβηθέντας θεοὺς ἔξιλάσασθαι” los que provocaron la introducción del culto griego en Cartago²⁵⁵. Sin entrar en profundidad en las numerosas interpretaciones vertidas sobre la cuestión²⁵⁶, consideramos que la introducción de las divinidades agrarias en Cartago debe ponerse en relación con algunas de las cuestiones argumentadas en el presente trabajo: en primer lugar; con el desarrollo de una política aristocrática cartaginesa que favoreció la subsistencia de una oligarquía griega en Sicilia, reforzando los argumentos previamente establecidos, en segundo lugar; como reflejo religioso, propagandístico e iconográfico de los procesos de aprendizaje tecnológico-agrarios aplicados por Cartago a mediados del s. IV a. C., especialmente en el ámbito siciliano. Asimismo y en tercer lugar; debemos poner en relación la medida religiosa con la imitación cartaginesa de los modelos sicilianos numismáticos desarrollados en estos momentos y, finalmente; esta política podría haber sido articulada a modo de paliativo de manera bilateral; primeramente, hacia los griegos de Sicilia cómo gesto reconciliador por la reciente guerra finalizada y, es segundo lugar, hacia la nutrida colonia de griegos en Cartago²⁵⁷ por la dura restricción aplicada sobre la lengua griega²⁵⁸ con motivo de la guerra.

En cualquier caso, consideramos que la introducción de Kore y, especialmente, de Deméter, independientemente de la razón o razones que llevaron a su inserción en Cartago, formó parte de una decisión aristocrática²⁵⁹ que abrió un proceso de sincretismo religioso, rastreable a través de la numismática (Tanit), y que alcanzó su mayor uniformidad en el s. III a. C. debido tanto a un desarrollo cultural y religioso interno como a las propias características del periodo, tal y como establece Peri²⁶⁰. Esta reflexión, a partir de los datos arqueológicos de Peri o

²⁵¹ Potter (2005), 419; Mikalson (2006), 209.

²⁵² Divinidades introducidas por colonos griegos: Hdt. VII; D. S. V, 2-5; XI, 26, 7; Hinz (1998), 19-21; 219-223. Una asimilación a Sicilia ya presente en los textos romanos: Cic. *Verr.* 4, 106, debido a su carácter agrario: Hinz (1998), 50.

²⁵³ D. S. XIV, 63, 1.

²⁵⁴ D. S. XIV, 70, 4-5.

²⁵⁵ D. S. XIV, 77, 4-5.

²⁵⁶ Sobre la introducción de Demeter y Kore en Cartago: Xella (1969), 215-228; Picard (1984), 187-194; Lipinski (1995), 379; Pena (1996), 39-55; Hassine Fantar (1998a), 11-19; Peri (2003), 145-154; Bonnet (2006), 365-379. En Sicilia: Hinz (1998). En Cerdeña: Garbati (2003), 127-144; Garbati (2008). En Megara: Bremmer (2014), 166-179. En Ibiza y España: López-Beltran (2007).

²⁵⁷ D. S. XIV, 77, 5.

²⁵⁸ Just, *epit.* XX, 5, 13.

²⁵⁹ Melliti (2006), 387-388.

²⁶⁰ Peri (2003), 145-153.

Melliti, no establece que el proceso de sincretismo religioso se ajuste estrictamente a los límites cronológicos helenísticos, como bien demuestran los análisis numismáticos previamente realizados, sino que los procesos iniciados en etapas anteriores alcanzaron su máximo apogeo entre finales del s. IV a. C. y comienzos del s. III a. C. hasta el s. II a. C. por las propias particularidades del periodo. En esta línea, el proceso sufrido por Deméter/Tanit es homólogo a los experimentados por las divinidades Eshmun/Asklepiós²⁶¹, iniciando la construcción de un monumental templo en el s. IV-III a. C. en la Colina de Byrsa, revalorizando públicamente los valores atribuidos a su culto (protección de la ciudad y salud)²⁶², o por Melqart/Herakles²⁶³ secundario en el panteón cartaginés²⁶⁴ hasta la elección de los bárquidas como su divinidad tutelar²⁶⁵ debido a las connotaciones mediterráneas que poseía en la etapa helenística.

Por tanto, entre finales del s. IV a. C. y mediados del s. II a. C. culminan unos procesos de sincretismo religioso iniciados con anterioridad, logrando vislumbrar una mayor homogeneidad entre lo cartaginés y lo heleno de lo que las fuentes clásicas permiten apreciar, identificando unas formas religiosas expresadas mediante numerosas representaciones artísticas que tuvieron éxito en un momento histórico determinado para expresar la religiosidad de manera bilingüe, todo ello sin que supusiera la eliminación de las diferencias culturales y religiosas existentes entre un griego de Siracusa y un púnico de Cartago. Precisamente por ello, la afirmación tajante de Bonnet sobre la asimilación de Deméter y Kore “à la mode grecque”²⁶⁶ debe ser revisada. En este sentido, Fantar (Fantar, 1998: 17) ya señaló que la no integración en el Panteón cartaginés de Deméter y Kore como otras divinidades extranjeras que fueron prácticamente aceptadas dentro de su cosmos (como Isis, Osiris o Ra), era indicativo evidente de una diferenciación religiosa y cultural. Asimismo, junto a esta consideración habría que tener en cuenta que la presencia de elementos relacionados con Deméter y Kore no implicó necesariamente una integración de la divinidad según los estándares griegos. Finalmente, estas suposiciones cobran entidad argumentativa en base a los análisis arqueológicos de Van Dommelen y López Beltran²⁶⁷, donde establecieron que las trasformaciones sufridas por Deméter y Kore en los procesos de adopción en Iberia o Cerdeña crearon unas ramificaciones locales alejadas de las praxis y connotaciones originales helenas. En consecuencia, las transformaciones regionales observadas por Van Dommelen y López Beltran, extrapolables a todo el ámbito geográfico mediterráneo, debieron de efectuarse también en Cartago, independientemente de la numerosa presencia griega en la ciudad, asimilando a Deméter y Kore bajo unos mimbres culturales comunes a la *koiné* mediterránea del s. III a. C. pero inevitablemente ramificados según los postulados púnicos, proceso paralelo al experimentado por Melqart²⁶⁸ y plasmado en la numismática ya tratada.

En definitiva, Cartago se encontró inmersa en los procesos de intercambio y asimilación religiosos comunes al Mediterráneo en la etapa helenística, no obstante, fueron asimilados

²⁶¹ Melliti (2006), 385-387; Melliti (2010), 91-98; Melliti (2016), 167-170.

²⁶² Proyecto arquitectónico típicamente helenístico de grandes proporciones que debe ponerse en relación con la remodelación portuaria y los grandes proyectos comentados en el apartado anterior.

²⁶³ También rastreable con anterioridad tanto a través de la numismática ya planteada como de las fuentes clásicas: Aubet Semmler (2009), 214. Curiosamente la divinidad opuesta a Deméter según ciertos rituales: Cole (2004), 100.

²⁶⁴ Lancel (1994), 191; González Wagner (1999), 593-595.

²⁶⁵ Rawlings, 2005: 153-161; Melliti, 2006: 391; Stocks: 2014

²⁶⁶ Bonnet (2006), 374.

²⁶⁷ Van Dommelen y López-Bertran (2016), 297. Precedentes en Garbati: Garbati (2003), 127-144; Garbati (2008).

²⁶⁸ López Castro (1997), 55-68; Nitschke (2013), 253-282.

desde unos parámetros estrictamente púnicos; ¿es esto determinante para la no helenización de Cartago?

IV. ¿Cartago helenizada? Una reflexión sobre lo “helenizado” y la “helenización”.

En el 2002 Hall interpretó que el concepto de “helenidad” fue una construcción étnica, lingüística y geográfica, empleada de manera grupal y consciente en la Grecia Arcaica en determinados períodos de dificultad, es decir, una construcción discursiva de la diferencia²⁶⁹. Este modelo previo evolucionó en el siglo V a. C. bajo los mismos parámetros de crisis, concretada en la guerra contra el persa, dando cabida a una nueva acepción de tintes culturales²⁷⁰. Esta amalgama étnica, geográfica, lingüística y cultural sufrió, en el s. IV a. C., un proceso de transformación donde todos los integrantes de “lo heleno” quedaron subyugados bajo la preponderancia de la connotación cultural²⁷¹, consolidando un concepto, no necesariamente novedoso²⁷², denominado como helenismo. Por tanto, obtenemos que esta identidad helena nace de la repetición de un discurso de la diferenciación donde se privilegia a lo griego frente a lo extranjero²⁷³, articulando una ilusoria superioridad respecto de lo bárbaro²⁷⁴, siendo conscientes de que el propio mecanismo de la invención del bárbaro implica una nueva, y falsa, herramienta de autodefinición²⁷⁵. Siguiendo estos presupuestos, no resulta extraño que esta construcción artificial fuera perpetuada por las fuentes griegas y, posteriormente, romanas²⁷⁶, llegando a ser asumida por buena parte de la historiografía contemporánea, especialmente visible en las ideas estructuralistas donde de la hegemonía²⁷⁷ aculturadora helena con respecto a otras civilizaciones representaba la adquisición de la “madurez civilizatoria”, como muestra perfectamente el artículo de Veyne, «the hellenization of Rome and the question of acculturations» de 1979.

Sin embargo, y estando de acuerdo con el hecho histórico del desarrollo de un discurso en parte falso, no podemos obviar la existencia de una realidad cultural griega. En este sentido, tal y como observó Versluys²⁷⁸, la negación de la cultura helena a partir de su identificación constructiva artificial dificultaría la caracterización, en términos étnicos y materiales, de una cultura griega, por tanto, consideramos necesario remarcar posicionamientos ya establecidos en el presente trabajo; una cultura en la Antigüedad debe quedar definida por una serie de características étnicas, culturales e identitarias comunes a una población heterogénea que formó parte de una realidad geográfica, político-religiosa e histórica, asistiendo a un proceso de formación cultural no regido por parámetros fijos y que fue paulatino, progresivo y constante. En consecuencia, es indudable que lo heleno existió, e incluso deberíamos establecer que el propio discurso fabuloso de la construcción identitaria formó parte de su realidad cultural. Asimismo, la construcción griega del bárbaro, asumida por la tradición romana, implica una falsedad en su contenido pero no en su forma, es decir, es completamente químico conside-

²⁶⁹ Hall (2002), 172-228; Hall (2003), 23-34. También: Antonaccio (2003), 57-74; Lund (2005), 1-17.

²⁷⁰ Hdt. 8, 144.

²⁷¹ Isocrates, *Paneg*, 50. Toynbee (1969), 59-60; Hall (1997), 44-45.

²⁷² Cohen (2015), 261.

²⁷³ Str. XIV, 2, 28.

²⁷⁴ Gruen (2006), 295-314.

²⁷⁵ Eriksen (1993), 67; Hall (2002), 172-189.

²⁷⁶ Liv. 38, 17, 11.

²⁷⁷ Dougherty y Lurke (2003), 2.

²⁷⁸ Versluys (2017), 219.

rar a otras culturas cómo inferiores por el mero hecho de no ser helenas, pero es igualmente incuestionable la existencia de una otredad, siendo entendida no en cláusulas barbarizantes sino en términos de diferenciación.

Consecuentemente, y siendo perseverantes con las propuestas del presente trabajo, la cultura púnica y la civilización cartaginesa se encontraban plenamente definidas en la etapa helenística, por tanto, los conceptos de helenizado o helenización deben ser empleados a modo de categorías interpretativas empíricas, pudiendo compaginar la realidad documental sobre un incremento de la influencia helena en Cartago durante la etapa helenística²⁷⁹ con el hecho histórico de una civilización y cultura norteafricana plenamente autónoma y definida con capacidad para adaptar e integrar los elementos externos, produciendo un proceso de enriqueciendo cultural “helenizante” interno sin la necesidad de transformar su identidad. Siguiendo estos presupuestos, nos encontramos con que: la tecnología e iconografía de marcada influencia helena encontrada en las cerámicas y suelos de Evespérides siguen enmarcándose dentro de las características púnicas²⁸⁰. Asimismo, la agricultura cartaginesa importó tecnología helena, especialmente a través de Sicilia, pero fue ajustada a las necesidades geográfico-climáticas de su contexto, dando origen a unos desarrollos tecnológicos y culturales propios. También, a pesar de la intensa actividad urbanística desarrollada por Cartago en esta etapa, el registro arqueológico demuestra que Cartago mantuvo sus unidades topográficas de uso de suelos (estructuras, comunicaciones, instalaciones civiles, militares y religiosas), una continuidad mantenida bajo las tradicionales parametrizaciones estrictamente cartaginesas²⁸¹. Por su lado, la moneda helenística cartaginesa, cuyos estándares iconográficos, tecnológicos y propagandísticos siempre estuvieron vinculados al mundo griego, especialmente en la etapa helenística, debe comprenderse desde los cánones típicamente púnicos tanto desde un punto de vista tecnológico-iconográfico como desde su tozudez anepígrafa²⁸². Además, los elementos arquitectónicos, epigráficos e iconográficos introducidos y asimilados por Cartago durante la etapa helenística demuestran que las transformaciones fueron meramente tecnológicas o pragmáticas, no suponiendo una variación del poso cultural púnico²⁸³. Finalmente, los procesos religiosos comunes al mundo helenístico tuvieron su reflejo y desarrollo en Cartago sin que esto supusiera una alteración en las divinidades cartaginesas, siendo plenamente identificadas en los patrones púnicos²⁸⁴.

En conclusión, el proceso de helenización en Cartago debe observarse como un instrumento académico para referirnos a una realidad histórica en lo relativo a la intensificación en los contactos e influencias del mundo griego con la civilización cartaginesa desde finales del s. IV a. C. hasta mediados del s. II a. C. sin que esto suponga un proceso dominador o transformador de la cultura púnica. Asimismo, no consideramos que la influencia helena en Cartago fuera meramente superficial, incidiendo en prácticamente todos los aspectos de la vida cartaginesa durante la etapa helenística, no obstante, debemos comprender que fueron

²⁷⁹ Visible a través de todos los procesos analizados: comercio, arquitectura, modelos iconográficos, cerámica, numismática, técnicas constructivas, conflictos bélicos, sincretismo religioso etc.

²⁸⁰ Wilson (2016), 153-156.

²⁸¹ Lancel *et al.* (1980), 13-27; Fumadó Ortega (2013), 364.

²⁸² La iconografía púnica nunca desapareció: Domínguez Monedero (2000), 60; Yarrow (2016), 363; Frey-Kupper (2018), 96-98. Además, Tanit prosiguió siendo representada ampliamente junto a Melkart según los modelos helenísticos, especialmente en el norte de África: Fernández Uriel *et al.* (2004), 183-193.

²⁸³ Orsingher (2012), 696; Prag (2016), 340

²⁸⁴ No sólo en Deméter sino en el panteón al completo: Plb. VII, 9. Bickerman (1944), 101; Barré (1983), 100-103.

los cartagineses quienes decidieron asimilar esa expansión masiva de lo heleno en según qué términos, adaptándolo y transformándolo a conveniencia, demostrando la solidez e impermeabilidad vital de la cultura púnica.

V. Conclusiones.

En base a lo expuesto y analizado en el presente trabajo, sostenemos que Cartago fue una ciudad helenística en tanto en cuanto participó activamente en todas las interacciones mediterráneas abiertas tras la muerte de Alejandro: los movimientos comerciales, la actividad económica, las innovaciones urbanísticas, arquitectónicas, tecnológicas, la amonedación, la iconografía, los procesos de sincretismo religiosos y la competitividad aristocrática, demostrando que la barrera académica situada en la Cirenaica es producto de las concepciones historiográficas y no de la realidad histórica. Asimismo, la inclusión de Cartago dentro de este contexto debe efectuarse desde unos parámetros propios, inherentes a la civilización cartaginesa y a la cultura púnica, así como marcadamente diferenciados de las particularidades orientales o romanas. A estas cuestiones, debemos añadir la helenización de Cartago que, siendo articulada bajo las matizaciones propuestas, es probablemente el mayor indicativo sobre la pertenencia de Cartago al mundo helenístico. En última instancia, a pesar de la multitud de argumentos empleados mediante la estratificación temática, consideramos que aún estamos lejos de poder responder e incluso de abordar algunas cuestiones que surgen a raíz del comportamiento helenístico de Cartago, únicamente el tiempo y las futuras propuestas científicas lograrán incluir o no a la ciudad de Cartago en los estudios helenísticos.

Bibliografía

- Acquaro E. (1995), I fenici, Cartagine e l'Egitto, *Rivista di Studi Fenici*, 23, 2, 183-189.
- Alfaro Asins C. (2000), La producción y circulación monetaria en el sudeste peninsular, en *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, García-Bellido M.ª P., Callegarin L. [eds], Madrid: Casa de Velázquez, 101-112.
- Ameling W. (2015), The rise of Carthage to 264 BC, en *A companion to the Punic Wars*, Hoyos D. [ed.], Oxford: Wiley Blackwell, 39-57.
- Anelo P. (2002), Siracusa e Cartagine, en *La Sicilia dei due Dionisi*, Atti della settimana di Agrigento (Roma, 24-29 febbraio, 1999), Bonacasa N., Braccesi, L., De Miro E. [eds], Roma: l'Erma di Bretschneider, 343-360.
- Antonacci C. (2003), Hybridity and the cultures within greek culture, en *The cultures within ancient greek cultures. Contact, conflict, collaboration*, Dougherty C., Kurke L. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 57-74.
- Archibald Z., Davies J., Gabrielsen V., Oliver G. (2001), *Hellenistic economies*, London: Routledge.
- Archibald Z., Davies J., Gabrielsen V. (2011), *The economies of hellenistic societies, third to first centuries BC*, Oxford: Oxford University Press.
- Arenegui Gascó C., Ferrández Sánchez J. V. (2018), More tan neighbours: punic-iberian connections in the southeast Iberia, en *The punic mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N. C [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 243-256.
- Aubet Semmler M.E. (2009), *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona: Bellaterra Arqueología.

- Austin M. (2006), *The Hellenistic World from Alexander to the roman conquest*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bagnall R., Derow P. (2004), *The hellenistic period. Historical sources in translation*, Oxford: Blackwell Publishing.
- Barceló P. (1994), The perception of Carthage in classical greek historiography, *Acta Classica*, 37, 1-14.
- Barré M. (1983), *The God-List in the treaty between Hannibal and Philip V of Macedonia: a study in light of the Ancient Near Eastern treaty tradition*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Bechtold B. (2007), Alcune osservazioni sui rapporti commerciali fra Cartagine, la Sicilia occidentale e la Campania (IV-metà del II sec. a. C.): nuovi dati basati sulla distribuzione di ceramiche campane e nordafricane/cartaginesi, *Bulletin Antieke Beschaving*, 82, 51-76.
- Ben Younès H., Ben Younès A.W. (2018), Punic identiti in North Africa: the funerary world, en *The punica mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 148-168.
- Bendala Galán M. (2015), *Hijos del rayo. Los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, Madrid: Trébede.
- Bendala Galán M; Blánquez J. (2002-2003), Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 28-29, 145-158.
- Bennett P., Wilson A., Buzaian A., Hamilton K., Thorpe D., Robertson D., Zimi E. (2000), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2000 season, *Libyan Studies*, 31, 121-143.
- Bennett P., Wilson A., Buzaian A. (2001), Euesperides, the first Benghazi, en *Archeology of the Roman Empire. A tribute to the life and workd of the professor Barri Jones*, Oxford: (=BAR International Series, 940), 219-236.
- Belfiore V. (2016), Nuovi spunti di riflessione sulle lamine di Pyrgi in etrusco, en *Le lamine di Pyrgi; nuovi studi sulle iscrizioni in etrusco e in fenicio nel cinquantenario della scoperta*, Bellelli V., Xella P. [eds], Verona: (=Ricerche storiche e filologiche sulle culture del Vicino Oriente e del Mediterraneo Antico), 103-134.
- Bernardini P. (2006), La Sardegna tra Cartagine e Roma: tradizioni puniche e ellenizzazione, *Pallas*, 70, 71-104.
- Bickerman E. (1944), An oath of Hannibal, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 75, 87-102.
- Bilde P., Engberg-Pedersen T., Zahle J., Hannestad L. (1994), *Centre and periphery in the Hellenistic World*, Aarhus: (=Studies in Hellenistic Civilization, 4).
- Billows R. (2005), Cities, en *A companion to the Hellenistic world*, Erskine, A. [ed], Oxford: Blackwell Publishing, 196-215.
- Bondì S.F. (1990-1991), L'eparchia punica in Sicilia. L'ordinamento giuridico, *Kokalos*, 36-37, 215-231.
- Bondì S.F. (2000), Nuove acquisizioni storiche e archeologiche sulla Sicilia fenicia e púnica, en *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz, 2-6 Octubre 1995), Barthélémy M., Aubet Semmler M.E. [coords], Cádiz: Universidad de Cádiz, 83-89.
- Bondì S.F. (2018), Phoenicity, punicities, en *the punica mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 58-68.
- Bonnet C. (2005), Carthage, l' "autre nation" dans l'historiographie ancienne et modern, *Anabases*, 1, 139-160.
- Bonnet C. (2006), Identité et altérité religieuses. À propos de l'hellénisation de Carthage, *Pallas*, 70, 365-379.
- Bonnet C. (2018), Phoenician identities in Hellenistic times: strategies and negotiations», en *The punica mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 282-298.
- Bourdin S., Crouzet S. (2009), Des italiens à Carthage? Réflexions à partir de quelques inscriptions puniques de Carthage, en *L'onomastica dell'Italia antica: aspetti linguistici, stoici, culturali, tipologici e classificatori*, Poccetti, P. [ed], Roma: (Ecole française de Rome, 413), 443-494.

- Braudel F. (1972), *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, I, London: Harper Collins.
- Braund D. (2005), After Alexander: the emergence of the Hellenistic World 323-281, en *A companion to the Hellenistic World*, Erskine A. [ed], Oxford: Blackwell Publishing, 19-34.
- Breckenridge J. (1983), Hannibal as Alexander, *the Ancient World*, 3-4, 111-128.
- Bremmer J. (2014), Demeter and Eleusis in Megara, en *Initiation into the Mysteries of the Ancient World*, Bremmer J. [ed], Berlin: De Gruyter, 166-179.
- Bresson A. (2011), Grain from Cyrene, en *The economies of hellenistic societies, third to first centuries BC*, Archibald Z.H., Davies J.K., Gabrielsen V. [eds], Oxford: Oxford University Press, 66-95.
- Bridoux V. (2018), Numidian and the punic world, en *The Punic Mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 180-201.
- Burn L. (1994), Hellenistic terracotta figures of Cyrenaica: greek influences and local inspirations, *Libyan Studies*, 25, 147-158.
- Buttrey T. (1994), Coins and coinage at Euesperides, *Libyan Studies*, 25, 137-145.
- Buzaian A., Lloyd J. (1996), Early urbanism in Cyrenaica: new evidence from Euesperides (Benghazi), *Libyan Studies*, 27, 129-152.
- Campo M. (2000), La producción y circulación monetaria en el nordeste y levante peninsular, en *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, García-Bellido, M. P., Callegarin, L. [eds], Madrid: Casa de Velázquez, 89-100.
- Camps G. (1979), Les numides et la civilisation punique, *Antiquités Africaines*, 14, 43-53.
- Carradice I; La Niece S. (1988), The Libyan War and Coinage: a New Hoard and the Evidence of Metal Analysis, *the Numismatic Chronicle*, 148, 33-52.
- Cassola F. (1983), Tendenze filopuniche e antipuniche in Roma, en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, I, Roma: Consiglio Nazionale delle Ricerche, 35-59.
- Casson L. (1954), The grain trade of the Hellenistic world, *Transactions and Proceedings of the American Philosophical Association*, 84, 168-187.
- Cebrián Sánchez M.A. (2004), Moneda púnica de plata en la colección Sánchez Jiménez del Museo de Albacete, en *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, González Blanco A., Matilla Séiquer G., Egea Vivancos A. [eds], Murcia: Publicaciones Universidad de Murcia, 195-198.
- Chamoux F. (2002 [1981]), *Hellenistic civilization*, Oxford: Blackwell Publishing.
- Chaniotis A. (2005), The divinity of Hellenistic rulers, en *A companion to the Hellenistic world*, Erskine, A. [eds], Oxford: Blackwell Publishing, 431- 446.
- Clarke K. (1999), *Between geography and history. Hellenistic construction of the roman world*, Oxford: Oxford University Press.
- Cohen G. (2006), *The Hellenistic settlements in Syria, the Red Sea Basin and North Africa*, Berkeley: University of California Press.
- Cohen G. (2015), Polis hellenis, en *East and West in the world empire of Alexander. Essays in honour of Brian Bosworth*, Wheatley, P., Baynham, E. [eds], Oxford: Oxford University Press, 259-276.
- Cole S.G. (2004), *Landscape, gender and ritual space. The ancient greek experience*, Berkeley: University of California Press.
- Crawley Quinn J. (2011), The cultures of the tophet: identification and identity in the phoenician diaspora, en *Cultural identity in the Ancient Mediterranean*, Gruen E.S. [ed], Los Ángeles: Getty Research Institute, 388-413.

- Crawley Quinn J. (2016), Monumental power: "Numidian royal architecture" in context, en *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.P.W., Crawley Quinn J. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 179-211.
- Crawley Quinn J. (2018), The Altars of the Philaeni, en *The punic mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N. C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 169-179.
- Crouzet S., Bourdin S. (2009), Des italiens à Carthage? Réflexions à partir de quelques inscriptions puniques de Carthage, en *L'onomastica dell'Italia antica. Aspetti linguistici, storici, culturali, tipologici e classificatori*, Poccetti P. [coord.], Roma: (=Collection de l'École française de Rome, 413), 443-494.
- Curti E., Dench E., Patterson J. (1996), The archaeology of central and southern roman Italy: recent trends and approaches, *the Journal of Roman Studies*, 86, 170-189.
- Cutroni Tusa A. (2000), La monetazione punica in Sicilia, *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica*, 47, 249-265.
- Daniels R. (1995), Punic influences in the domestic architecture of roman volubilis (Morocco), *Oxford Journal of Archeology*, 14, 1, 79-95.
- Davies J. (2001), Hellenistic economies in the post-Finley era, en *Hellenistic economies*, Archibald Z., Davies J., Gabrielsen V., Oliver G. [eds], London: Routledge, 7-44.
- Davies J. (2006), Hellenistic economies, en *The Cambridge companion to the Hellenistic World*, Bugh G.R. [ed.], Cambridge: Cambridge University Press, 73-92.
- De Frutos Reyes G. (1991), *Cartago y la política colonial. Los casos norteafricano e hispano*, Sevilla: Editorial Gráficas Sol.
- Del Olmo Lete G. (1994), El continuum cultural cananeo. Pervivencias cananeas en el mundo fenicio-púnico» en *El mundo púnico, historia, sociedad y cultura*, Coloquios de Cartagena I (Cartagena, 17-19 noviembre 1990), González Blanco A., Cunchillos Ilarri J.L., Molina Martos M. [eds], Murcia: Editorial Regional de Murcia, 61-86.
- Desanges J. (2007), Aspects de l'hellénisme dans l'Afrique du Nord Antique, *la Méditerranée d'une rive à l'autre: culture classique et cultures périphériques. Actes du XVII colloque de la Villa Kérylos à Beaulieu-sur-Mer (20 y 21 octubre 2006)*, Paris: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 167-184.
- Di Vita A. (1976), Il mausoleo punico-ellenistico B di Sabratha, *Römische Abteilung*, 83, 273-285.
- Dietler M. (1998), Consumption, Agency, and Cultural Entanglement: Theoretical Implications of a Mediterranean Colonial Encounter, en *Studies in culture contact; interaction, culture, change and archeology*, Cusick J.G. [ed], Carbondale: Center for Archaeological Investigations Southern Illinois University Press, 288-315.
- Docter R. (1999), The typology of Phoenician and Punic transport amphorae in the central and W. Mediterranean, *Journal of Roman Archaeology*, 12, 2, 485-492.
- Domínguez Monedero A.D. (2000), Monedas e identidad étnico-cultural de las ciudades de la Betica, en *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, Madrid: Casa de Velázquez, 59-74.
- Domínguez Petit R. (2004), Fuentes literarias para la agricultura cartaginesa. El tratado de Magón, *Habis*, 35, 179-192.
- Dougherty C., Kurke L. (2003), Introduction, en *The cultures within ancient greek cultures. Contact, conflict, collaboration*, Dougherty C., Kurke L. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 1-16.
- Droysen J.G. (1877-1878), *Geschichte des Hellenismus*, I, II y III, Ghota: Friedrich Andreas Barthes.
- Elayi J. (1981), The relations between Tyre and Carthage during the persian period, *Journal of the Ancient Near Eastern Society*, 13, 1, 15-29.
- Eriksen T.H. (1993), *Ethnicity and Nationalism: Anthropological Perspectives*, Anthropology, Culture and Society, London: Pluto Press.
- Erskine A. (2005), *A companion to the Hellenistic World*, Oxford: Blackwell Publishing.

- Erskine A. (2016), The view from the East, en *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.R.W. y Crawley Quinn J. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 14-34.
- Espada Rodríguez J. (2013), *Los primeros tratados romano-cartagineses*, Barcelona: (=Colección Instrumenta, 43).
- Fahlander F. (2007), Third space encounters: Hybridity, mimicry and interstitial practice, en *Encounters, materialities, confrontations; archaeologies of social space and interaction*, Cornell P., Fahlander F. [eds], Newcastle: Cambridge Scholars Press, 15-41.
- Fantar M'hamed (1993), *Carthage approche d'une civilisation*, Túnez: Alif Editions de la Méditerranée.
- Fantar M'hamed (1998a), À propos de la présence des grecs à Carthage, *Antiquités Africaines*, 34, 11-19.
- Fantar M'hamed (1998b), De l'agriculture à Carthage, en *L'Africa romana*, Atti del XII Convegno di studio (Sassari, 12-15 dicembre 1996), Khanoussi M., Ruggeri P., Vismara C. [eds], Sassari: Pubblicazioni del Dipartimento di Storia dell'Università degli Studi di Sassari, 113-121.
- Fantar Mounir (2004a), La présence grecque dans le paysage funéraire de Carthage, *Africa Reppal*, XIII, 113-118.
- Fantar Mounir (2004b), Propos sur la décoration dans l'architecture punique, *Africa Reppal*, XIII, 119-128.
- Fedak J. (1990), *Monumental tombs of the Hellenistic Age: a study of selected tombs from the pre-classical to the early imperial era*, Toronto: University of Toronto Press.
- Fentress E. (2016), Strangers in the city: élite communication in the Hellenistic central Mediterranean, en *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.P.W. Crawley Quinn J. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 157-178.
- Fentress E., Docter R. (2008), North Africa: rural settlement and agricultural production, en *Rural landscapes of the punic world*, Van Dommelen P., Gómez Bellard C. [eds], London: Equinox Publishing, 101-128.
- Ferchiou N. (1987), Deux témoignages de l'architecture religieuse et funéraire de la Carthage hellénistique, *Rivista di Studi Fenici*, 15, 1, 15-45.
- Ferchiou N. (1991), Stucs puniques hellénistiques de Carthage, en *Herausgegeben vom Amt für Archäologische Bodendenkmalpflege der Archäologischen Gesellschaft und dem Römisch-Germanischen Museum* (=Kölner Jahrbuch für Vor- und Frühgeschichte, 24), Berlín: Verlag, 19-27.
- Fernández Uriel P., López Pardo F., Guitérrez González R., Benguigui Levy S. (2004), Monedas púnicas de Rus-Addir (Melilla), en *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*, Estudios Orientales, 5-6, González Blanco A., Matilla Séiquer G., Egea Vivancos A. [eds], Murcia: Publicaciones Universidad de Murcia, 183-193.
- Ferrer Albelda E. (1996), *La España cartaginesa. Claves historiográficas para la historia de España*, Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla.
- Ferrer Albelda E.; García Fernández F.J. (2007), El fenómeno de la polis en el mundo púnico occidental, en *Las aguas primigenias. El Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización*, Actas del IV Congreso español de Antiguo Oriente Próximo (Zaragoza, 17 a 21 octubre 2006), Justel J.J., Solans B.E., Vita J.P., Zamora J.Á. [eds], Zaragoza: Instituto de Estudios Islámicos y del Oriente Próximo, 653-667.
- Finley M. (1999 [1979]), *The ancient economy*, California: University of California press.
- Francisi M.T. (1991), Gli elementi architettonici delle stele puniche, en *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma: Consiglio Nazionale delle Ricerche, 863-874.
- Frey-Kupper S. (2006), Aspects de la production et de la circulation monétaires en Sicile (300-180 av. J.-C.): continuités et ruptures, *Pallas*, 70, 27-56.
- Frey-Kupper S. (2018), Coins and their use in the Punic Mediterranean: case studies from Carthage to Italy from the fourth to the first century BCE, en *The punica mediterranean, identities and identification from Phoenician settlements to the roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Camrbidge university Press, 76-110.

- Fulford M. (1989), To East and West: the Mediterranean trade of Cyrenaica and Tripolitania in antiquity, *Libyan Studies*, 20, 169-191.
- Fumadó Ortega I. (2009), *Cartago, historia de la investigación*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Fumadó Ortega I. (2013), *Cartago fenicio-púnica, arqueología de la forma urbana*, Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Fumadó Ortega I. (2015), La ciudad de Cartago a mediados del siglo II a. C., *Desperta Ferro*, 31, 32-37.
- Garbati G. (2003), Sul culto di Demetra nella Sardegna punica, en *Mutuare, interpretare, tradurre: storie di culture a confronto*, Atti del II Incontro “Orientalisti” (Roma, 11-13 diciembre 2002), Regalzi G. [ed], Roma: Associazione Orientalisti, 127-143.
- Garbati G. (2008), *Religione votiva. Per un'interpretazione storico-religiosa delle terrecotte votive nella Sardegna punica e tardo-punica*, Roma: Fabrizio Serra Editore.
- García Bellido Mª.P. (2006), La moneda “militar” en el proceso de helenización de Iberia durante la Segunda Guerra Púnica, *Pallas*, 70, 289-309.
- García Bellido Mª.P. (2012), Los retratos de la dinastía bárquida en las monedas de Iberia, en Remedios S., Prados F., Bermejo J. [eds], *Aníbal de Cartago, historia y mito*, Madrid: Ediciones Polifemo, 431-455.
- García Bellido Mª.P. (2013), El nacimiento del retrato monetario en Occidente: la familia Bárquida, en Bendala Galán M., Pérez Ruiz Mª., Escobar I. [coords], *Fragor hannibalis: Aníbal en Hispania*, Madrid: Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, 175-207.
- García Coca V. (2012), La ciudad en época de Aníbal: urbanismo y arquitectura en la Cartago helenística, en *Aníbal de Cartago, historia y mito*, Remedios S., Prados F., Bermejo J. [eds], Madrid: Ediciones Polifemo, 71-98.
- Gillen D. (2018), The latin Alexander: constructing roman identity, en *Brill's companion to the reception of Alexander the Great*, Moore, K. R. [ed], Leiden-Boston: Brill, 304-324.
- Goldsworthy A. (2000), *The fall of Carthage*, London: Phoenix.
- Green P. (1980), *Alexander to Actium. The historical evolution of the Hellenistic Age*, California: University of California Press.
- Gruen E. (2006), Greeks and non-greeks, en *The Cambridge companion to the Hellenistic World*, Bugh G.R. (ed.), Cambridge: Cambridge University Press, 295-314.
- Gruen E. (2011), *Rethinking the other in antiquity*, Princeton: Princeton University Press.
- Gsell S. (1913), *Histoire ancienne de l'Afrique du nord*, I, Paris: Librairie Hachette.
- Gsell S. (1920), *Histoire ancienne de l'Afrique du nord*, IV, Paris: Librairie Hachette.
- Gómez Bellard C. (2003), *Historia del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia: Universidad de Valencia.
- Gómez Espelosín F.J. (2005), Exploraciones y descubrimientos en Occidente en la obra de Polibio, en *Polibio y la Península Ibérica*, Torregaray Pagola E., Santos Yanguas J. [coords], Bilbao: Universidad de País Vasco, 113-139.
- González Wagner C. (1999), Fenicios y púnicos en el norte de África y en el Mediterráneo occidental, en Blázquez J.Mª., Alvar J., González Wagner C. [eds], *fenicios y cartagineses en el Mediterraneo*, Madrid: Cátedra, 451-654.
- González Wagner C. (2013), Cartago, la ciudad de Aníbal, en *Fragor hannibalis. Aníbal en Hispania*, Bendala Galán B. [ed], Alcalá de Henares: Museo Arqueológico Regional, 83-106.
- Goodchild R.G. (1952), Euesperides, a devastated city site, *Antiquity*, 101, 208-212.
- Göransson K. (2007), *The transport amphorae from Euesperides. The maritime trade of Cyrenaican city 400-250 BC*, Lund: Lunds Universitet (=Acta Archeologica Lundesia, 4, 25).

- Hall J. (1997), *Ethnic Identity in Greek Antiquity*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hall J. (2002), *Hellenicity: between ethnicity and culture*, Chicago: University of Chicago Press.
- Hall J. (2003), "Culture" or "cultures"? Hellenism in the late sixth century, en *The cultures within ancient greek cultures. Contact, conflict, collaboration*, Dougherty C., Kurke L. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 23-34.
- Haroun Abdelhamed M. (2018), Legume production at Cyrene in the Hellenistic period: epigraphic evidence, *Libyan Studies*, 49, 159-169.
- Hayes P., Mattingly D. (1995), Preliminary report on fieldwork at Euesperides (Benghazi) in October 1994, *Libyan Studies*, 26, 83-96.
- Hinz V. (1998), *Der Kult Von Demeter Und Kore Auf Sizilien Und in Der Magna Graecia*, Wiesbaden: Reichert Verlag (=Palila, 4).
- Hobsbawm E. (2002), Introducción: la invención de la tradición, en *La invención de la tradición*, Hobsbawm E., Ranger T. [eds], Barcelona: Crítica, 7-21.
- Horden P., Purcell N. (2000), *The corrupting sea. A study of mediterranean history*, Massachusetts: Blackwell Publishers.
- Howard carter T. (1963), Reconnaissance in Cyrenaica, *Expedition*, 5, 18-27.
- Hoyos D. (2010), *The carthaginians*, Nueva York: Routledge.
- Hoyos D. (2011), The outbreak of war, en *A companion to the Punic Wars*, Hoyos D. [ed], Oxford: Wiley Blackwell, 131-166.
- Hunt P. (2009), The locus of Carthage: compounding geographical logic, *the African Archeological Review*, 26, 2, 137-154.
- Hurst H. (1993), Le port militaire de Carthage, *Les Dossiers d'Archéologie*, 183, 42-51.
- Huss W. (1990), *Los cartagineses*, Madrid: Gredos.
- James P. (2005), Archaic greek colonies in Libya: historical vs archeological chronologies, *Libyan Studies*, 36, 1-20.
- Jiménez Flores A.M., Oria Segura M., García Morillo M.A.C. (2011), Imágenes para Melqart. La iconografía del santuario de Hércules gaditano, en *Cultos y ritos en al Gadira fenicia*, Marín Ceballos M.A.C. (coord.), Cádiz-Sevilla: Universidad de Cádiz y Universidad de Sevilla, 133-141.
- Jones G.D.B. (1983), Excavations at Tocra and Euhesperides, Cyrenaica, 1968-1969, *Lybian Studies*, 14, 109-121.
- Jones G.D.B. (1985), Beginnings and endings in Cyrenaican cities», en *Cyrenaica in Antiquity*, Barker, G. [ed], Oxford: (=Society for Libyan Studies Occasional Papers, 1), 27-41.
- Jones G.D.B; Little J.H. (1971), Coastal settlement in Cyrenaica, *Journal of Hellenistic Studies*, 61, 64-79.
- Jourdan-Annequin C. (1989), De l'espace de la cite à l'espace symbolique. Héraclès en Occident, *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 15, 31-48.
- Kallala N. (2015), Carthage and the local libian-numidian population, en *Carthage, fact and myth*, Docter R., Boussoffara R., Keurs P. [eds], Leiden: Sidestone Press, 68-73.
- Katzenstein J. (1979), Tyre in the early persian period (539-486 B. C. E.), the *Biblical Archaeologist*, 42, 1, 23-34.
- Kraeling C. (1962), *Ptolemais. City of the Libyan pentapolis*, Chicago: University of Chicago Press (=University of Chicago Oriental Institute, XC).
- Krandel-Ben Younès A. (2002), *La présence punique en pays numide*, Túnez: Institut National du Patrimoine.
- Krings V. (1994), *La civilisation phénicienne et punique. Manuel de recherche*, Brill: Leiden (=Handbook of Oriental Studies, Section 1, the Near and Middle East, 20).

- Krings V. (2008), Rereading punic agriculture: representation, analogy and ideology in the classical sources, en *Rural landscapes of the punic world*, Van Dommelen P., Gómez Bellard C. [eds], London: Equinox Publishing, 22-43.
- Lancel S. (1985), La renaissance de la Carthage punique. Réflexions sur quelques enseignements de la campagne internationale patronnée par l' Unesco, *comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 129, 4, 727-751.
- Lancel S. (1994), *Cartago*, Barcelona: Crítica.
- Lancel S., Robine G., Thuillier J.P. (1980), Town planning and domestic architecture of the early second century B. C. on the Byrsa, Carthage, en *New light on ancient Carthage*, Griffiths Pedley J. [ed], Michigan: University of Michigan Press, 13-27.
- Lane Fox R. (2010), The first hellenistic man, en *Creating a Hellenistic World*, Erskine A., Llewellyn Jones L. [eds], Swansea: the Classical Press of Wales, 1-29.
- Laronde A. (1987), *Cyrène et la Libye hellénistique; Libykai Historiai de l'époque républicaine au principat d'Auguste*, París: Centre National de la Recherche Scientifique.
- Laronde A. (1990), Greeks and libyans in Cyrenaica, en *Greek colonists and native populations, proceedings of the I Australian Congress of Classical Archaeology held in honour of Emeritus Professor A. D. Trendall* (Sydney, 9-14 Julio 1985), Descoedures, J. P. [ed], Oxford: Clarendon Press, 169-180.
- Lee I. (2000), Entella: The Silver Coinage of the Campanian Mercenaries and the Site of the First Carthaginian Mint 410-409 BC, *Numismatic Chronicle*, 160, 1-66.
- Leo M. (1989), Punic coinage on the eve of the first war against Rome – a reconsideration, *Studia Phoenicia*, 10, 5-14.
- Ling R. (1991), Hellenistic and graeco roman art, en *The Oxford history of Greece and the Hellenistic World*, Boardman J., Griffin J., Murray O. [eds], Oxford: Oxford University Press, 447-473.
- Lipiński E. (1995), *Dieux et déesses de l'univers phénicien et punique*, Leuven: Orientalia Lovaniensia Analecta (=Studia Phoenicia, 14.)
- Lloyd J., Buzaian A., Coulton J. (1995), Excavations at Euesperides (Benghazi), 1995, *Libyan Studies*, 26, 97-100.
- Lloyd J., Bennett P., Buttrey T., Buzaian A., El Amin H., Fell V., Kashbar G., Morgan G., Ben Nasser Y., Roberts P., Wilson A., Zimi E. (1998), Excavations at Euesperides (Benghazi): an interim report n the 1998 season, *Libyan Studies*, 29, 145-168.
- López-Betran M. (2007), *Ritualizando cuerpos y paisajes. Un análisis antropológico de los ritos fenicio-púnicos*, Barcelona: Universidad Pompeu Fabra.
- López Castro J.L. (1997), Los héroes civilizados: Melqart y Heracles en el extremo Occidente, en *Héroes y anti-héroes en la Antigüedad clásica*, Alvar J., Blázquez J.M. [eds], Madrid: Cátedra, 55-68.
- López Castro J.L. (2004), La identidad étnica de los fenicios occidentales, en *Identidades étnicas – identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Cruz Andreotti G., Mora B. [eds], Málaga: Universidad de Málaga, 147-167.
- López Castro J.L. (2007), Abdera y Baria. Dos ciudades fenicias en el extremo sureste de la Península Ibérica, en *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, López Castro J.L. [ed], Almería: Universidad de Almería (=Centro de Estudios Fenicio y Púnicos, 7), 157-186.
- Lund A. (2005), Hellenentum und Hellenizität: Zur Ethnogenese und zur Ethnizität der antiken Hellenen, *Historia*, 54, 1, 1-17.
- Macdonald E. (2018), *Hannibal, a Hellenistic life*, Yale: Yale University Press.
- Magnetto A. (2018), Interstate arbitration as a feature of the Hellenistic polis: between ideology, international law and civic memory, en *The polis in the Hellenistic World*, Börm H., Luraghi N. [eds], Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 85-107.

- Mahjoubi A., Fantar M.H. (1996), Une nouvelle inscription carthaginoise, *Rendiconti della Classe di Scienze morali, storiche e filologiche dell'Accademia dei Lincei*, VIII, 2, 1, 201-209.
- Manfredi L.I. (2016), Le monete della Sicilia punica. Considerazioni e nuove prospettive di ricerca, en *Nomismata. Studi di Numismatica Antica*, Tusa S., Sole L. [eds], Ragusa: Edizioni di Storia e Studi social, 223-237.
- Manfredi L.I. (2000), Produzione e circolazione delle monete puniche nel sud dell'Italia e nelle isole del Mediterraneo Occidentale (Sicilia e Sardegna), en *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, García-Bellido Mª P., Callegarin L. [eds], Madrid: Casa de Velázquez, 11-22.
- Manganaro G. (1992), Per la cronologia delle emissioni a leggenda Libyôn, *Numismatique et histoire économique phéniciennes et puniques*. Actes du Colloque tenu à Louvain-la-Neuve (Leuven, 13-16 mayo 1987), Leuven: (=Studia Phoenicia, 9), 93-106.
- Medas S. (2000), *La marineria cartaginese: le navi, gli uomini, la navigazione*, Sassari: Carlo Delfino editore (=Sardegna Archeologica Scavi e Ricerche, 2).
- Melliti K. (2006), Religion et hellénisme à Carthage: la politique aristocratique à l'épreuve, *Pallas*, 70, 381-394.
- Melliti K. (2010), Religion, politique et hellénisme à Carthage: aproches historiques, en *Semitica et Classica*, Roudillard-Bonraisin H. [ed], Turnhout: Brepols (=Semitica et classica, revue internationale d'études orientales et méditerranéennes, III), 91-98.
- Melliti K. (2016), *Carthage. Histoire d'une métropole méditerranéenne*, Paris: Perrin.
- Mikalson J. (2006), Greek religion: continuity and change in the hellenistic period, en *The Cambridge companion to the Hellenistic World*, Bugh G. R. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 208-222.
- Malcom Errington R. (2008), *A history of the Hellenistic World 323-30 BC*, Oxford: Blakwell Publishing.
- Mildenberg L. (1992), The mint of the first Carthaginian coins, en *Florilegium Numismaticum. Studia in honorem U. Westermark*, Stockholm: Svenska numismatiska Foreningen, 289-293.
- Millar F. (2006), *Rome, the Greek World and the East, III, Studies in the history of Greece and Rome*, Carolina: University of North Carolina Press.
- Mollo F. (2008), La circolazione di ceramiche fini e di anfore tra i centri italici del Tirreno Calabrese e la Sicilia Punica tra IV e III sec. A. C.: rotte commerciali e ateliers produttivi, *Rivista di Studi Fenici*, XXXVI, 1-2, 233-246.
- Momigliano A. (1970), J.G. Droysen between greeks and jews, *History and Theory*, 9, 2, 139-153.
- Mora Serrano B. (2000), Las fuentes de la iconografía monetaria fenicio-púnica, en *Los cartagineses y la monetización del Mediterráneo Occidental*, Madrid: Casa de Velázquez, 157-168.
- Mora Serrano B (2007), Sobre el uso de la moneda en las ciudades fenicio-púnicas de la Península Ibérica, en *Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo Occidental*, López Castro J.L. [ed], Almería: Universidad de Almería, 405-438.
- Moret P. (2006), Architecture indigène et modèles hellénistiques: les ambigüités du cas ibérique, *Pallas*, 70, 207-227.
- Moret P. (2013), Las fortificaciones bárquidas en la Península Ibérica, *Desperta Ferro*, 17, 38-43.
- Moscati S. (1963), La questione fenicia, *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, 8, 18, 483-506.
- Moscati S. (1974), *Problematica della civiltà fenicia*, Roma: Consiglio Nazionale delle Ricerche (=Studi Semitici 15).
- Moscati S. (1988), Fenicio o púnico o cartaginense, *Rivista di Studi Fenici*, 16, 3-13.
- Moscati S. (1993), Dall'età fenicia all'età cartaginense, *Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, 9, 4, 203-215.
- Nicgorski A. (2005), The magic knot of Herakles, the propaganda of Alexander the Great and Tomb II at Vergina, en *Herakles and Hercules. Exploring a graeco-roman divinity*, Rawlings L., Bowden H. [eds], Wales: Classical Press of Wales, 97-128.

- Nitschke J. (2013), Interculturality in image and cult in the Hellenistic East: Tyrian Melqart revisited, en *Shifting social imaginaries in the Hellenistic period. Narratives, practices and images*, Stavrianopoulou E. [ed], Leiden-Boston: Leiden, 253-282.
- Oliver G. (2018), People and cities: economic horizons beyond the Hellenistic polis, en *The polis in the Hellenistic world, Ancient History*, Börn H., Luraghi N. [eds], Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 159-179.
- Ordóñez Fernández R. (2011), *La crisis del siglo VI a. C. en las colonias fenicias del occidente mediterráneo: contracción económica, concentración poblacional y cambio cultural*, PhD thesis. Universidad de Oviedo: España.
- Orsingher A. (2013), The Hellenisation of the Punic World: a View from the Tophet, *Proceedings of the XVI Symposium on Mediterranean Archaeology* (Florencia, 1-3 marzo 2012), Bombardieri L., D'Agostino A., Guarducci G., Orsi V., Valentini S. [eds], Oxford: (=BAR International Series, 2581, II), 693-701.
- Osanna M., Torelli M. (2006), *Sicilia ellenistica, consuetudo italica: alle origini dell'architettura ellenistica d'Ocidente*, Complesso monumentale di S. Nicolò (Pisa, 5-7 novembre 2004), Roma y Pisa: (=Biblioteca di Sicilia Antiqua, I).
- Palmer R. (1997), *Rome and Carthage at peace*, Stuttgart: Franz Steiner Verlag, (Historia Einzelschriften, 113).
- Papi E. (2018), Punic Mauretania?, en *The punica mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N. C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 202-218.
- Paterson J. (2005), Hellenistic economies: the case of Rome, en *Hellenistic economies*, Archibald Z.H., Davies J., Gabrielsen V., Oliver G.J. [eds], London: Routledge, 270-278.
- Pena Ma. J. (1996), El culto a Deméter y Core en Cartago, aspectos iconográficos, *Faventia*, 18, 1, 39-55.
- Peri C. (2003), Demetra e Core nella religione punica, en *Mutuare, interpretare, tradurre: storie di culture a confronto*, Atti del II Incontro “Orientalisti” (Roma, 11-13 diciembre 2002), Regalzi G. [ed], Roma, 145-154.
- Picard C. (1967), Thèmes hellénistiques sur les stèles de Carthage, *Antiquités Africaines*, 1, 9-30.
- Picard G.C. (1983), Les sources de l'iconographie hellénistique à Carthage, en *Atti Del I Congresso Internazionale Di Studi Fenici E Punici I* (Roma, 5-10 noviembre 1979), Roma: Consiglio nazionale delle ricerche, 725-729.
- Picard G.C. (1984), Demeter et Kore à Carthage – problèmes d'iconographie, *Kokalos*, 28-29, 187-194.
- Picard G.C., Picard C. (1961), *Daily life in Carthage at the time of Hannibal*, London: George Allen and Unwin LTD.
- Picard G.C., Picard, C. (1968), *The life and death of Carthage*, London: Sidgwick and Jackson.
- Piccaluga G. (1987), Fondare Roma, domare Cartagine, en *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici I* (Roma, 5-10 noviembre 1979), Roma: Consiglio nazionale delle ricerche, 409-424.
- Potter D. (2005), Hellenistic religion, en *A companion to the Hellenistic World*, Erskine A. [ed], Oxford: Blackwell Publishing, 407-430.
- Prados Martínez F., Blánquez Pérez J.J. (2007), Las fortificaciones coloniales en la Península Ibérica: De los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos, en *Paisajes fortificados de la edad del hierro. Las murallas protohistóricas de la meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo*, Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Madrid, octubre 2006), Berrocal Rangel L., Moret P. [eds], Madrid: Casa de Velázquez, 57-74.
- Prag J. (2010), Siculo-Punic Coinage and Siculo-Punic Interactions, *Bollettino di Archeologia online*, 330, 1-10.
- Prag J. (2018), Phoinix and Poenus: usage in antiquity, en *The punica mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 11-23.
- Prag J., Crawley Quinn J. (2016), *The Hellenistic West. Rethinking the Ancient Mediterranean*, Cambridge: Cambridge University Press.

- Raffone L. (2001), Per una lettura di P.Oxy. XXIV 2399 sulla campagna d'Africa di Agatocle e la situazione politica di Siracusa, *Minima Epigraphica et Papyrologica*, 4, 209-228.
- Ramón J. (1995), *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Rawlings L. (2005), Hannibal as Hercules, en *Herakles and Hercules. Exploring a graeco-roman divinity*, Rawlings L., Bowden H. [eds], Wales: Classical Press of Wales, 153-184.
- Reger G. (2005), The economy, en *A companion to the Hellenistic World*, Erskine, A. [ed], Oxford: Blackwell Publishing, 331-353.
- Redissi T. (2015), Egyptian influence in Carthage, en *Carthage, fact and myth*, Docter R., Boussoffara R., Keurs P. [eds], Leiden: Sidestone Press, 56-59.
- Robinson E.S.G. (1943), The coinage of the Libyans and kindred Sardinian issues, *Numismatic Chronicle and Journal of the Royal Numismatic Society, Sixth Series*, 3, 1/4, 1-13.
- Robinson E.S.G. (1953), A hoard of the Libyans, *Numismatic Chronicle and Journal of the Royal Numismatic Society, Sixth Series*, 13, 27-32.
- Roppa A. (2018), Identifying punic Sardinia: local communities and cultural identities, en *The punic mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 257-281.
- Rostovtzeff M.I. (1941), *The social and economic history of the Hellenistic World, II*, Oxford: Oxford University Press.
- Said E. (1977), *Orientalism*, London: Penguin Books.
- Savalli I. (1985), I neocittadini nelle città ellenistiche: Note sulla concessione e l'acquisizione della "politeia", *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 34, 4, 387-431.
- Scardigli B. (1991), *I trattati romano-cartaginesi, relazioni interstatali nel mondo antico*, Pisa: Scuola normale superior, (=Fonti e studi, 5).
- Sensi Sestito G. (2008), Cartagine e la Magna Grecia in età dionisiana. Il ruolo di Ipponio, *Fenici e italici, Cartagine e la Magna Grecia. Popoli a contatto, culture a confronto*, Atti del Convegno Internazionale Cosenza (Roma, 27-28 mayo 2008), Intrieri M., Ribichini S. [coords], Roma: Fabrizio Serra Editore, 29-50.
- Shipley G. (1993), Distance, development, decline? World-systems analysis and the "hellenistic" world, en *Centre and periphery in the Hellenistic World, Bilde*, P. [ed], Aarhus: Aarhus University Press (=Studies in Hellenistic Civilization, 4), 271-284.
- Spencer D. (2002), *The roman Alexander*, Exeter: University of Exeter Press.
- Stavrianopoulou E. (2013), Hellenistic world(s) and the elusive concept of "greekness", en *Shifting social imaginaries in the hellenistic period, narrations, practices and images*, Stavrianopoulou E. [ed], Leiden-Boston: Brill, 177-206.
- Stocks C. (2014), *The Roman Hannibal: Remembering the Enemy in Silius Italicus Punica*, Liverpool: Liverpool University Press.
- Svenbro J., Scheid M.J. (1985), Byrsa. La ruse d'Élisa et la fondation de Carthage, *Annales: economies, sociétés, civilisations*, 40, 2, 328-342.
- Swift K. (2018), Ceramics, clays and classification in Cyrenaica, *Libyan Studies*, 49, 81-91.
- Telmini B.M., Docter R., Bechtold B., Chelbi F., Van de Put W. (2018), Defining punic Carthage, en *The punic mediterranean. Identities and identification from phoenician settlement to roman rule*, Crawley Quinn J., Vella N.C. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 113-147.
- Thonemann P. (2013), *The Hellenistic world. Using coins as sources, Guides to the coinage of the Ancient World*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Thonemann P. (2018), *The Hellenistic Age. A very short introduction*, Oxford: Oxford University Press.

- Toynbee A.J. (1969), *Some Problems of Greek History*, Oxford: Oxford University Press.
- Tsirkim Y. (2000), El problema de la helenización de Cartago, en *Actas del IV Congreso internacional de Estudios Fenicios y Púnicos III* (Cádiz, 2 al 6 de octubre de 1995), Barthélémy M. y Aubet Semmler M^a.E. [Coords], 1233-1235.
- Tusa V. (1995), Greci e punici, en *Les Grecs et l'Occident. Actes du colloque de la Villa «Kérylos»* (Roma, 1991), Vallet G. [ed.], Roma: École Française de Rome, 19-28.
- Van Dommelen P., Gómez Bellard C. (2008), *Rural landscapes of the Punic World*, London: Equinox Publishing, (=Monographs in mediterranean archaeology, 11).
- Van Dommelen P. (2008), Defining the punic world and its rural context, en *Rural landscapes of the Punic World*, Van Dommelen P., Gómez Bellard C. [eds], London: Equinox Publishing, (=Monographs in mediterranean archaeology, 11), 1-21.
- Van Dommelen P., López-Bertran M. (2016), Hellenism as subaltern practice: rural cults in the punic world, en *The Hellenistic West, rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.R.W. Crawley Quinn J. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 273-299.
- Versluys M.J. (2017), *Visual style and constructing identity in the Hellenistic World*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Vickers M., Gill D., Economou M. (1994), Euesperides: the rescue of an excavation, *Libyan Studies*, 25, 125-136.
- Villaronga L. (1973), *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona: Cooperativa Gráfica Derosense.
- Visonà P. (1998), Carthaginian coinage in perspective, *American Journal of Numismatics*, 10, 1-27.
- Visonà P. (2009), Tradition and innovation in carthaginian coinage during the Second Punic War, *Schweizerische numismatische Rundschau*, 88, 173-184.
- Von Hase F.W. (1993), Il bucchero estrusco a Cartagine, en *Produzione artigianale ed esportazione nel mondo antico; il bucchero etrusco*, Atti del Colloquio Internazionale (10-11 mayo 1990), Jovino, M^a. B. [ed], Milán: Milano Edizioni ET, 187-194.
- Walbank F.W. (1957), *A historical commentary on Polybius*, Oxford: Oxford at the Clarendon Press.
- Walbank F.W. (1967), *A historical commentary on Polybius*, Oxford: Oxford at the Clarendon Press.
- Walbank F.W. (1984), *The Cambridge Ancient history*, VII, I, Cambridge: Cambridge University Press.
- Wallace-Hadrill A. (2008), *Rome's cultural revolution*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Warmington B.H. (1969), *Cartago*, Barcelona: Luis de Caralt.
- Whittaker C.R. (1978), Carthaginian imperialism in the fifth and fourth centuries, en *Imperialism in the Ancient World*, Garnsey P., Whittaker C.R. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 59-90.
- Wilson A. (2003), Une cité grecque de Libye: fouilles d'Euesperides (Benghazi), *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 147, 4, 1647-1675.
- Wilson A. (2006), New Light on a Greek City: Archaeology and History at Euesperides, en *Cirenaica: studi, scavi e scoperte*, Atti del X Convegno di Archeologia Cirenaica (Chieti, 24-26 Noviembre 2003), Fabricotti F., Menozzi O. [eds], Oxford: (=BAR International Series, 1488), 141-152.
- Wilson A. (2016), Trading across the Syrtes: Euesperides and the punic world, en *The Hellenistic West, rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.R.W., Crawley Quinn J. [Eds], Cambridge: Cambridge University Press, 120-156.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Ebbinghaus S., Hamilton K., Kattenberg A., Zimi E. (1999), Urbanism and economy at Euesperides (Benghazi): preliminary report on the 1999 season, *Libyan Studies*, 30, 147-168.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Fell V., Göransson K., Green C., Hall C., Helm R., Kattenberg A., Swift K., Zimi E. (2001), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2001 season, *Libyan Studies*, 32, 155-177.

- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Buttrey T., Göransson K., Hall C., Kattenberg A., Scott R., Swift K., Zimi E. (2002), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2002 season, *Libyan Studies*, 33, 85-123.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Buttrey T., Fell V., Found B., Göransson K., Guinness A., Hardy K., Helm R., Kattenberg A., Morley G., Swift K., Wootton W., Zimi E. (2003), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2003 season, *Libyan Studies*, 34, 191-228.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Fell V., Found B., Göransson K., Guinness A., Hardy J., Harris K., Helm R., Kattenberg A., Megías E., Morley G., Murphy A., Swift K., Twyman J., Wootton W., Zimi E. (2004), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2004 season, *Libyan Studies*, 35, 149-190.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Found B., Göransson K., Guinness A., Hardy J., Holman J., Kattenberg A., Morley G., Al-Mugasbi M., Swift K., Williams A., Wootton W., Zimi E. (2005), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2005 season, *Libyan Studies*, 36, 135-182.
- Wilson A., Bennett P., Buzaian A., Chertich L., Found B., Göransson K., Holman J., Lane R., Morley G., Russell B., Swift K., Williams Aly., Zimi E. (2006), Euesperides (Benghazi): preliminary report on the spring 2006 season, *Libyan Studies*, 37, 117-157.
- Wolff S. (2004), Punic amphoras in the Eastern Mediterranean, en *Transport amphorae and trade in the Eastern Mediterranean*, Acts of the International Colloquium at the Danish Institute at Athens (Atenas, 26-29 Septiembre 2002), Eiring J., Lund J. [eds], Atenas: Danish Institute at Athens.
- Wright G.R.H. (1998), Euesperides 1952-54. Recollections of a forgotten excavation, en *La Cirenaica in età antica*, Atti del convegno internazionale di studi (Macerata, 18-20 mayo 1995), Catani E., Marengo S.M. [Eds], Macerata, 613-622.
- Xella P. (1969), Sull'introduzione del culto di Demetra e Kore a Cartagine, *Studi e materiali di storia delle religioni*, 40, 215-228.
- Xella P. (2008), I Fenici e gli "altri", en *Greci e Punici di Sicilia tra V e IV secolo a. C.*, Congiu M., Miccichè C., Modeo S., Santagati S. [eds], Caltanissetta: Salvatore Sciascia Editore, 69-79.
- Yarrow L.M. (2016), Heracles, coinage and the West: three Hellenistic case-studies, en *The Hellenistic West, rethinking the Ancient Mediterranean*, Prag J.R.W., Crawley Quinn J. [eds], Cambridge: Cambridge University Press, 348-366.
- Yorke R., Davidson D. (2017), The Harbour at Ptolemais: Hellenistic City of the Libyan Pentapolis, *The International Journal of Nautical Archaeology*, 46, 1, 48-71.
- Zangara A. (2003), L'historiographie hellénistique et romaine de langue grecque: II siècle av. J.-C. – IV siècle ap. J. –C. État des recherches 1990-2002, *Pallas*, 63, 167-187.
- Zimi E., Göransson K., Swift K. (2019), Pottery and trade at Euesperides in Cyrenaica: an overview, *Libyan Studies*, 50, 21-33.
- Zimmermann K. (2001), Zur Münzprägung 'Der Libyer' während des Söldnerkrieges, en *Dans Punica –Libyca – Ptolemaica*, Geus, K., Zimmermann, K. [eds], Louvain-La Nueve: Geburtstag dargebracht von Schülern, (=Festschrift für W. Huß, Zum 65), 235-252.

Riassunto /Abstract

Resumen: El siguiente trabajo pretende analizar la pertenencia de Cartago al mundo helenístico y a los parámetros helenizados. Para la consecución de dicho objetivo, Cartago será estratificada en diversos estadios restringidos donde pueda ser analizada y puesta en relación con el funcionamiento de las ciudades helenísticas. La especificidad de estas parcelas temáticas será: un análisis del comercio, subdividido a su vez en Evespérides y Sicilia, un estudio económico, una investigación urbanístico-arquitectónica, un examen numismático y algunas apreciaciones religiosas. De igual modo, se planteará, *a priori*, una definición de la cultura púnica y la civilización cartaginesa antes de la llegada del mundo helenístico y, *a posteriori*, una breve reflexión sobre la helenización de Cartago y unas concretas conclusiones.

Abstract: The aim of this project is to analyze the belonging of Carthage to the Hellenistic World and the Hellenized parameters. The attainment of these objectives will be done through several limited divisions where it is analyzed and related with the performance of the Hellenistic cities. The specificity of these study plots will be: an analysis of trade, subdivided in turn into Evespérides and Sicilia, an economic study, an urban-architectural investigation, a numismatic examination and some religious appreciations. Likewise, *a priori*, a definition of Punic culture and Carthaginian civilization before the arrival of the Hellenistic world will be rised and, *a posteriori*, a brief reflection on the Hellenization of Carthage and some concrete conclusions.

Palabras Clave: Cartago, Helenístico, Helenización, Púnico, Griego.

Key Words: Carthage, Hellenistic, Helenization, Punic, Greek.

Come citare questo articolo / *How to cite this paper*

Christian San José, Cartago en el contexto helenístico: procesos y consideraciones, *CaStEr* 6 (2021), DOI: 10.13125/caster/4300, <http://ojs.unica.it/index.php/caster/>